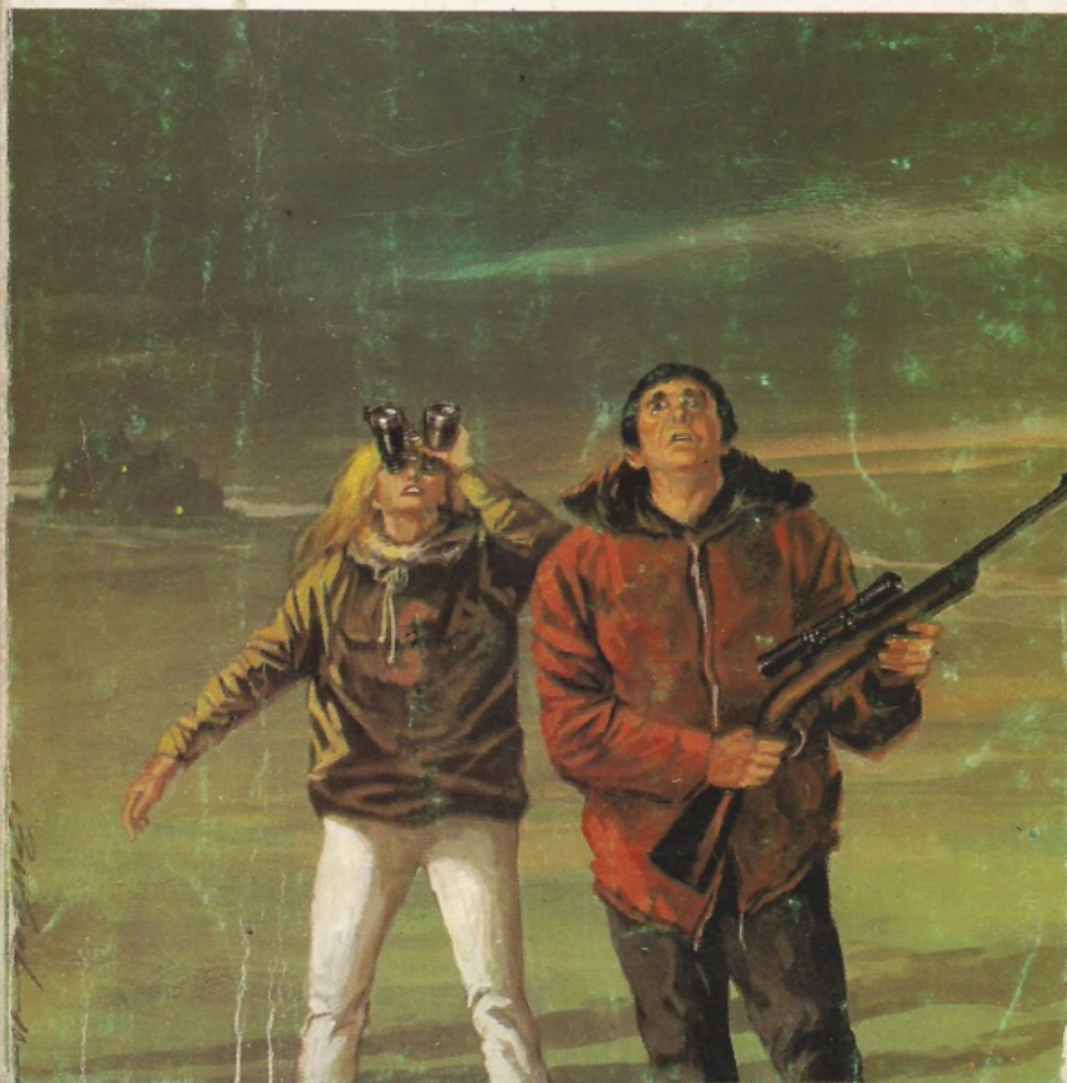


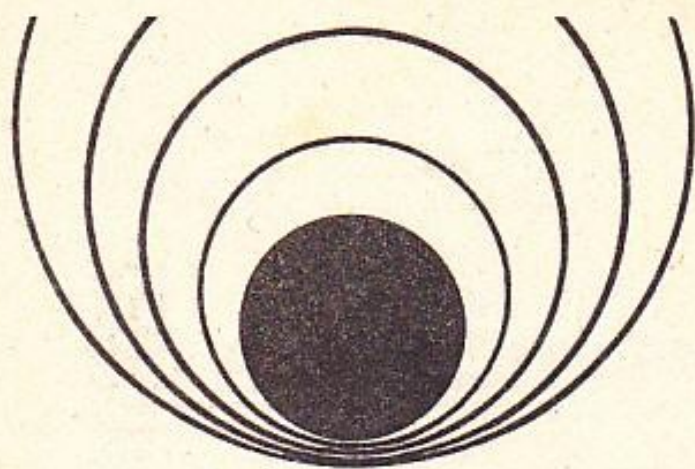
BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

LA CASA DEL PARAMO

Clark Carrados





PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.741. — Los muertos se entierran.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.604. — Con la cabeza en las manos.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658. — Sed de odio sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812. — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1,030. — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626. — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635. — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138. — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66. — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

984. — El ancla de oro.

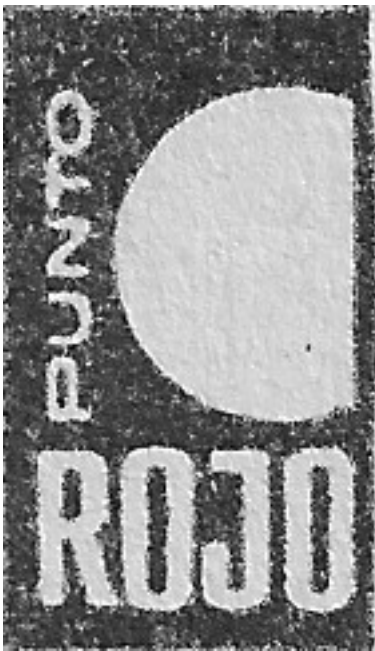
En Colección COLORADO:

1.069. — Unidos por el odio.

CLARK CARRADOS

LA CASA DEL PARAMO

Colección PUNTO ROJO n.º 995
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 8.852 - 1981

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición: mayo, 1981

© **Clark Carrados - 1981**

texto

© **Antonio Bernal - 1981**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona -

CAPITULO PRIMERO

El hombre, al volante de su coche, miró desesperadamente al espejo. Sí, allí estaba el otro automóvil, pegado implacablemente a su estela, persiguiéndole con salvaje encono, sin perder un momento las distancias. Sólo la estrechez del camino, bordeado en muchos sitios por tapias de piedra y setos muy espesos, impedían que el segundo de los vehículos se pusiera a la altura del primero, como sus ocupantes deseaban.

El primer conductor tenía que emplear todos sus sentidos en el manejo del automóvil. Había llovido copiosamente durante toda la noche y buena parte de la mañana. El camino estaba embarrado y sembrado de charcos, de los que volaban explosiones de agua sucia y fango líquido cuando las ruedas los atravesaban con brutal ímpetu. Aunque ya no llovía, el hombre mantenía en funcionamiento el limpiaparabrisas, sobre el que caían incesantemente chorros de agua y barro.

El camino discurría por el centro de un extenso páramo, de color verde sucio, debido a las nubes bajas que se movían lentamente hacia el Este, arrastradas por el viento que llegaba del cuadrante opuesto y que traía olor a yodo y a sales marinas. Más a lo lejos, se divisaba la grisácea extensión del océano, salpicada por chispitas blancas que eran las espumas de las olas que no cesaban un solo instante.

La llanura, salvo la hierba, estaba casi desierta de vegetación. Apenas si se veían algunos brezos. En una loma de suaves pendientes, se divisaba una colosal encina, que llevaba soportando decenas de años el inhóspito clima de aquellos parajes.

El coche remontó una larga cuesta, no muy empinada y luego viró a la izquierda, ya que el camino contorneaba la base de una roma colina. A lo lejos, recortándose sobre el horizonte, se divisaba la silueta de una casa.

El pie del conductor apretó a fondo el acelerador. Salvada la curva, el camino se acercaba a los acantilados que había el final de la planicie inclinada y que señalaban el término del páramo. En aquel punto, el camino se hallaba a muy pocos metros del borde y luego se curvaba casi en ángulo recto, para seguir en derechura hasta la casa a través de la llanura.

El hombre tocó el freno ligeramente cuando se acercaba a la curva. La rueda posterior derecha se metió en un trozo que parecía sólido y era, en realidad, barro casi líquido.

El resbalón fue inevitable. El coche se fue de costado, saliéndose del camino en aquel punto donde no había el menor obstáculo que lo detuviese.

Sin embargo, no volcó. Debido al mismo impulso, el automóvil se

deslizó hacia atrás, mientras el conductor manejaba frenéticamente la palanca de Cambio de marchas y hacía jugar los pies en los pedales. Las ruedas resbalaron en la hierba chorreante de agua, despidiendo columnas de líquido sucio, mezclados con la propia hierba y el fango que arrancaban los dibujos de la cubierta.

Durante unos segundos, pareció como si el conductor hubiera conseguido recobrar el dominio del coche. Entonces llegó el otro y, cuando ya el primero iniciaba la arrancada, con la cola vuelta por completo hacia el océano, le golpeó en el morro.

El impacto no fue muy fuerte, aunque sí lo suficiente para contrarrestar por completo la acción del motor. El primer coche sacó las ruedas al vacío.

Luego se levantó de morro. El conductor, desesperado, abrió la portezuela. Cuando saltó, lo hizo al vacío.

El océano estaba casi a cuarenta metros de distancia. El hombre cayó y su chaquetón aleteó durante el descenso, junto al coche que volteaba lentamente en el aire. El hombre chocó contra una roca, rebotó espantosamente y fue a sumergirse directamente en las espumosas olas que batían sin cesar la base del acantilado. Luego se produjo el impacto del coche contra una roca, de la que salió despedido, para quedar semisumergido junto a la orilla.

Los dos perseguidores se apearon y corrieron hacia el borde. Una ola, potente, más fuerte que las otras, envolvió en sus espumas al automóvil caído. Dos sonrisas de satisfacción se dibujaron en otras tantas bocas.

—Bueno, problema resuelto —dijo uno de ellos.

—El coche se ve todavía —objetó el otro.

—No te preocupes. El está dentro del agua. La marea subirá antes de una hora. Cuando baje de nuevo, arrastrará el automóvil hacia adentro, a una profundidad en que no podrá ser visto por nadie.

—Quizá en el verano...

—Suele venir muy poca gente por aquí. Y en el peor de los casos, se descubrirá un accidente ocurrido unos meses antes. El no presenta señales de herida de bala que pueden hacer sospechar a la Policía. Además, de aquí al verano, sólo quedarán los huesos. Esta noche, los peces tendrán una cena extraordinaria.

El otro hizo un remedo de saludo militar con la mano derecha.

—Buen viaje —exclamó—. Saludos a Neptuno.

Su compañero le tocó el hombro.

—Vamos —dijo—; es hora de que volvamos a la casa.

Regresaron al coche.

—¿Crees que el plan dará resultado?

—Sí. Parr ya ha encontrado a la persona adecuada. Es lo único que necesitamos para terminar de desarrollar el plan.

El timbre de la puerta sonó. Claudia Spencer estaba terminando de peinarse y miró sorprendida hacia la entrada.

La llamada se repitió. Claudia se acercó a la puerta y, a través de la mirilla, divisó un sujeto que le resultó desconocido.

El hombre aparentaba unos cuarenta años y tenía un aspecto normal. Tras unos segundos de vacilación, Claudia se decidió a abrir.

—¿Sí? —murmuró.

El desconocido se descubrió cortésmente. Claudia apreció que vestía chaquetón con capucha y gorra a cuadros. Bajo

—Tengo el honor de hablar con la señorita Spencer, supongo —dijo el sujeto.

—En efecto, señor...

—Parr, Shane Parr. Soy ayudante de dirección en la «Continental Films». Usted es artista de cine, señorita.

—Bueno, es un término algo exagerado —sonrió Claudia—, ¿No quiere pasar, señor Parr?

—Gracias. Señorita, tengo que hacerle una proposición interesante. Escúcheme con atención y luego decidirá usted misma.

—Desde luego. ¿Le apetece una taza de té?

—No, gracias; tengo algo de prisa y no puedo entretenerme más de lo estrictamente necesario.

Parr sacó una costosa pitillera, de oro, con iniciales de esmeraldas, y ofreció un cigarrillo a la joven. Claudia lo aceptó. El mechero que usaba su visitante hacía juego con ía pitillera. Eran unos objetos muy valiosos, estimó.

—¿Y bien, señor Parr? —dijo, después de la primera bocanada.

—Señorita, usted es artista de cine. Ya lo hemos dicho, claro...

—Temo que ese término es un poco exagerado —sonrió Claudia—, Le diré una cosa: no me hago ilusiones de llegar un día a ser una estrella famosa. Desempeño pequeños papeles, a veces de una sola frase, en ocasiones doblo a la protagonista... Por supuesto, nunca en escenas escabrosas.

Claudia se echó a reír y añadió:

—Esas escenas me desagradan en lo personal, aunque comprendo que nadie tiene derecho a prohibirlas. Las sustituciones que suelo hacer se refieren más bien a escenas incómodas e incluso de cierto riesgo. Pero nada más, señor Parr; ya ve que le soy sincera.

—Agradezco profundamente esa franqueza —contestó el visitante—, Y ahora, si me permite expresarle el motivo de mi estancia... Como le he dicho, soy ayudante de dirección y, en ocasiones, me preocupo también de buscar a las personas adecuadas para la película. Vi su actuación en «El Valle del Fuego» y me agradó extraordinariamente.

—Por favor —rió Claudia—. Sólo actué en un par de escenas y, en la segunda, los salvajes que viven en ese valle desde épocas prehistóricas, me atan a un poste y me asan viva.

—Pero fue una interpretación magnífica y mi jefe supo apreciarla así. Por eso me encargó la buscare y tratase de persuadirla para que tomase parte en nuestra próxima producción.

—No será como protagonista —dijo ella, desconfiada.

—No, lamento tener que admitirlo. Sin embargo, caso de que realice bien la escena, como así esperamos, mi jefe la propondrá para el segundo papel en la próxima película. Es casi tan importante como el de la protagonista y ello podría significar el salto a la fama con el que usted tanto ha soñado, sin duda alguna.

—Señor Parr, siempre he sido demasiado escéptica con respecto a ese salto y nunca me he hecho demasiadas ilusiones. Mi labor en el cine es solamente la forma de ganarme la vida, eso es todo.

—Muy bien, pero usted no podrá evitar lo que se le viene encima, porque, sobre todo, es una profesional y ejecuta su papel siempre con el máximo interés. Eso es precisamente lo que buscamos nosotros.

—Gracias. Y, dígame, cuando actúe, ¿qué es lo que tendré que hacer? —preguntó Claudia.

Parr sacó unos papeles del bolsillo de su chaquetón.

—Es la parte del guión correspondiente a su actuación —dijo—. Estúdielo y verá que es muy sencillo. No le costará mucho aprenderse el papel. A propósito, tengo que decirle aún algunas cosas.

—Sí, señor Parr.

—Por este trabajo, le pagaremos mil libras, quinientas en este mismo instante. Además, debe saber que actuará con cámaras ocultas.

—Cámaras ocultas —repitió ella, asombrada.

—Verá, mi jefe es un tanto personal en su trabajo y sostiene la teoría de que el artista mira muchas veces innecesariamente a la cámara, estropeando así la escena y quitándole el sentido de naturalidad que debe tener. Por tanto, si la cámara está oculta y el actor ignora desde dónde se le filma, lo hará mucho mejor, sin volver la cara instintivamente hacia el objetivo.

—Eso me parece razonable —convino Claudia.

—Mi jefe es también partidario de lo que se ha dado en llamar «cinema-verité». Ambiente normal iluminación normal...

—Fin efecto. El papel es muy sencillo. Usted llegará a la casa, cuya situación le indicaremos oportunamente, en su coche, que también facilitaremos nosotros. Un «Mini» normal, también. Se supone que es una joven de recursos modestos y que va a visitar a su anciano abuelo, al cual no ha visto casi desde que era una niña.

»Hay una cuadrilla de malvados que quieren apoderarse de la propiedad del anciano, obligándole a firmar documentos de cesión, en

vista de su precario estado de salud. Entonces, a la llegada de la muchacha, el anciano despide a los malvados y, presintiendo la inminencia de su muerte, firma el testamento nombrándola heredera universal de sus bienes. En síntesis, éste es el argumento de su papel —concluyó Parr.

Claudia hizo un gesto de aquiescencia.

—Me parece bien, aunque casi es un papel de protagonista —agregó.

—Oh, es que luego vendrá su renuncia desinteresada en favor de la protagonista, enamorada del primer actor, que es el abogado que deshace el entuerto. Usted está enamorada del abogado, pero al ver que la protagonista también lo ama, renuncia a su amor y se aleja...

—Perdiéndome de vista en una llanura infinita, ¿no?

—Pues, sí —rió Parr—. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Se me ocurrió, simplemente.

—Es un final apropiado para la película, en efecto —convino Parr—. Bien —dijo, a la vez que extraía un papel de su billetera—, aquí tiene la mitad de la suma acordada.

—Se fían de mí —sonrió Claudia.

—Naturalmente. Pero ya le enviaremos los contratos en su momento.

—De acuerdo. A propósito, nunca he oído nombrar ía «Continental»...

—Es una productora relativamente nueva. No puedo darle nombres, lógicamente, pero hay gente muy poderosa, financieramente hablando, que está interesada en la empresa.

—Comprendo, señor Parr. Y ahora, si me permite...

Claudia descolgó su abrigo. Parr la ayudó a ponérselo.

—Iba a salir cuando yo llegué —dijo.

—En efecto. Suelo tomar clases de defensa personal con regularidad.

—Oh, teme que un día, algún asaltante...

Parr contempló a la muchacha, alta, robusta, pero también esbelta y de rostro simpático y atractivo, aunque no fuese estrictamente una belleza. Claudia era la imagen viva de la salud y la alegría de la existencia.

—En absoluto —contestó la joven—. Hombre, nunca perjudica, en un caso semejante, pero esas clases me resultan muy útiles, cuando tengo que sustituir a la protagonista en una escena de violencia.

—Comprendo. —Parr extendió la mano—. Por favor...

Claudia salió y cerró la puerta con llave. Miró a Parr y sonrió.

—Estoy seguro de que nuestra colaboración va a resultar sumamente fructífera —dijo Parr.

—No me cabe la menor duda —contestó la joven.

CAPÍTULO II

Esperaba heredarla algún día, aunque no tenía prisa. Tampoco era un hombre ávido de dinero y, en cierto modo, apreciaba enormemente a tía Emmelina. A fin de cuentas, había sido como su madre, ya que había quedado huérfano antes de cumplir los seis años. Emmelina Cranston se había cuidado de su educación, hasta que terminó ja carrera con brillantes calificaciones. Lo único que no le gustaba a la anciana era la profesión que había elegido.

Discutían siempre que se veían por la misma causa. A la anciana no le gustaba. A él, sí. Brian Milton se sentía muy contento de ser lo que era en la actualidad.

El cumpleaños de la anciana se acercaba. Milton había entrado en la joyería, a fin de buscar algo que pudiera agradar a su tía. Un empleado le atendía con paciente cortesía.

—No puedo gastarme más de cincuenta libras —declaró él desde un principio.

—Encontraremos algo que pueda agradar a la persona que va a recibir su regalo, señor —contestó el dependiente.

Debajo del cristal del mostrador, había varias bandejas con joyas. Milton las estudió con cierta desgana. Eran demasiado caras para él.

El dueño atendía a un elegante caballero, que parecía muy interesado en una valiosa pulsera de diamantes. La sacó de la bandeja y la mostró al cliente, quien hizo un leve gesto negativo.

—Quizá aquí no puede verla a su gusto, señor —dijo el dueño—. ¿Por qué no viene al despacho y la contempla sin prisas?

—Es una buena idea —aceptó el cliente.

El dueño sacó la bandeja, en la que, apreció Milton, había sitio de sobras para más joyas. Los dos hombres desaparecieron. Milton continuó buscando algo adecuado para tía Emmelina.

Al cabo de unos momentos, vio un medallón que le gustó bastante. Preguntó el precio.

—Treinta y nueve libras con siete chelines, señor.

—De acuerdo. Envuélvame para regalo.

—Sí, señor.

Milton sacó el talonario de cheques y se puso a escribir la cifra solicitada. Cuando terminaba, vio que el dueño y el cliente salían de nuevo.

La bandeja con las joyas volvió a su sitio. El dueño la colocó casi justo bajo el sitio donde Milton escribía su cheque, mientras el dependiente envolvía el paquete de la compra. Entonces, Milton se fijó en algo chocante.

Había en la bandeja más joyas que antes. Milton tenía buen golpe

de vista y apreció en el acto la diferencia. Lo lógico, pensó de inmediato, habría sido ver menos joyas, debido a la adquisición hecha por el cliente. Pero no era así.

Milton captó la imagen de un broche, con pequeñas alas, hecho a base de diamantes, que rodeaban a un conjunto de esmeraldas mayores en cruz, y un alfiler de corbata, que representaba a un galgo lanzado a la carrera, también de diamantes, con el ojo visible de rubí y el número del costado en esmeraldas. Todas las piedras estaban montadas al aire, con tan singular arte, que no parecía hubiese el menor fragmento de metal en la montura.

El dueño y el cliente se despidieron con la mayor cortesía.

—Téngame al corriente de mi pedido —dijo el segundo—. En cuanto se sepa algo, llámeme a Norrelson Hall.

—Así lo haré, señor —respondió el dueño.

En aquel instante, llegó el dependiente y entregó a Milton un paquetito con su compra. Milton le dio el cheque y se despidieron.

Milton salió a la calle. El cliente había desaparecido ya. Vio a lo lejos un coche, pero la distancia resultaba excesiva y no pudo captar las cifras de la matrícula. A su espalda, sin embargo, quedaba el rótulo del establecimiento en cristal negro, con letras doradas de estilo muy clásico: THE GOLDEN SEAL. JEWELRY.

* * *

Brian Milton contó el incidente a su jefe, a la mañana siguiente. El inspector jefe Dobbles le escuchó atentamente, mientras se ocupaba de cargar y encender su pipa.

—Pero eso no quiere decir nada, muchacho —dijo, cuando Milton hubo terminado su relato.

—Tal vez, no, pero a mí se me antojó muy sospechoso el parecido entre las joyas que no estaban antes de mi compra y que sí estaban después, y las que le fueron robadas a lady Wettherby hace un par de meses —alegó Milton—. Una de las joyas era un broche en forma de mariposa, con una cruz de esmeraldas en el centro. La otra era un alfiler de corbata, con un caballo al galope. El ojo del caballo, solo se veía uno, puesto que estaba de perfil, era un rubí. El número estaba hecho en esmeraldas, como en el galgo.

—Un capricho del que ordenó construir la joya —dijo Dobbles.

—Quizá, señor. Pero a mí me parece demasiada coincidencia. El número, que indica supuestamente el del caballo y el galgo en la carrera, es el mismo en ambos casos, esto es, el siete.

Dobbles se reclinó en su sillón.

—Esto sí parece tener algo de sentido —respondió—. ¿Qué ideas le han sugerido a usted esas observaciones?

—Es bien sencillo, jefe. Las joyas robadas fueron a alguna parte, en

donde un orfebre las transformó hábilmente. Siempre se puede negar que sean las robadas a lady Wettherby, pero la semejanza se me antoja demasiado sospechosa. Y así, transformadas, «no» son las robadas, pero no sólo no pierden valor, puesto que no han sido desguazadas, sino que lo aumentan.

—Si sus sospechas fuesen ciertas, habría que considerar fuera de la ley al dueño de «The Golden Seal».

—No cabe la menor duda —dijo Milton—. Tenemos al dueño, aunque no al cliente que, para mí, vino a traer las joyas, simulando ser un comprador, llevándose en el bolsillo el importe de las mismas. Ahora bien, ese cliente dijo algo interesante al despedirse. Lo oí con toda claridad; ni el dueño ni él se fijaron en mí, ni < naturalmente conocen mi identidad.

—¿Qué es lo que dijo el cliente, Brian?

—Exactamente esto, señor; «Téngame al corriente de mi pedido. En cuanto sepa algo, llámeme a Norrelson Hall.»

—No he oído nunca ese nombre, pero podríamos investigarlo —murmuró Dobbles pensativamente—. ¿Se fijó en el cliente?

—Por supuesto. Unos cuarenta años, bien parecido, un poco menos alto que yo, elegante, pero discreto y con un bigote no demasiado frondoso, de un cierto aire militar. Ah, iba enguantado en todo momento y no llevaba paraguas. El sombrero era de fieltro, blando.

—Una buena descripción —sonrió Dobbles—. Por haberse fijado en ese tipo, tendrá que pasarse luego un rato ante los álbumes de fotografías de delincuentes fichados por esa clase de delitos. Pida que le den esos libros y venga luego a verme, Brian.

—Bien, señor.

Pasado el mediodía, Milton se entrevistó de nuevo con su jefe.

—No he encontrado nada, señor —declaró—. Presiento que el tipo no ha sido fichado jamás.

—Es muy probable, muchacho. Y ahora, aguice bien el oído, porque voy a contarle algo interesante. Tenemos noticias de que hay una pandilla de contrabandistas de joyas, que operan entre Inglaterra y, el continente. Hace tiempo que vamos detrás de ellos, porque o son autores de robos de joyas o transforman las que roban los otros, por encargo.

»No somos nosotros los únicos que vamos detrás de esa banda; también las compañías de seguros quieren descubrir quiénes son esos ladrones, como puede imaginarse. Ha conseguido averiguar dónde está Norrelson Hall y he sabido también otra cosa preocupante. Hay, o había, un detective privado, que trabajaba para una de esas compañías de seguros y del que no se sabe nada hace un par de semanas. Ese hombre se llamaba Richard Genn y fue visto por última vez en Barthane, un pueblo situado a siete millas al Sur de Norrelson Hall.

»Genn atravesó el pueblo en su coche y fue ía última vez que alguien le vio. Desde entonces, no se han tenido más noticias suyas. El director de la compañía de seguros sospecha que ha sido asesinado.

Milton sonrió.

—Sabía demasiado —dijo.

—Sí. Ese director me ha dicho que Genn estaba a punto de conseguir importantísimos datos y que se los iba a comunicar un par de días más tarde. Genn le llamó desde una cabina telefónica, situada a la entrada de Barthane. Esta es la última vez que ha sabido nada de él.

—Me extraña que no comunicase su desaparición a la Policía, señor.

—Genn era un tipo algo estrambótico. El director tenía mucha confianza en él. También sabía que la banda tenía ramificaciones en el continente y supuso que habría viajado al otro lado del canal, para completar sus investigaciones. Ahora, claro, empieza a sospechar lo peor.

—O sea, lo han asesinado.

—Muy hábilmente, puesto que su cuerpo no ha sido encontrado hasta ahora. Desde luego, no se le ha buscado, pero si hubiera sido un crimen vulgar, alguien habría hallado el cadáver.

Dobbles volvió a cargar su pipa. Sin encenderla, apuntó con el cañón a su joven subordinado.

—Genn vivía con una mujer bastante más joven que él, Nelly Sheck. Le daré la dirección. Vaya a verla, quizá obtenga algún dato. Muchos hombres son como tumbas delante de otros, pero se abren como granadas maduras cuando están con una mujer joven y guapa.

—Comprendo —sonrió Milton.

—Y después, cuando haya hablado con esa dama, irá a dar un vistazo a los alrededores de Norrelson Hall. ¿De acuerdo?

—Gracias, señor.

—Le diré una cosa: el volumen monetario de las «operaciones» de esa banda alcanza cifras muy próximas al millón de libras. Por tanto, tratarán de evitar por todos los medios que alguien les estropee el negocio, no importa quién sea el entrometido: persona corriente... o policía. ¿Me ha entendido?

—En resumen, un trabajo peligroso.

—No le quepa la menor duda, Brian.

* * *

Milton tocó el timbre de la entrada y esperó a que alguien abriese la puerta. A los pocos segundos, se encontraba delante de una mujer de unos treinta y cinco años, guapa, pero algo basta, de senos voluminosos y amplias caderas. Llevaba un abrigo en la mano izquierda y junto a ella, en el suelo, se divisaba una maleta.

—Señora Sheck —dijo el joven.

—Sí, soy yo —contestó ella—. ¿Quién es usted?

Milton enseñó una billetera abierta.

—Sargento detective Milton, de Scotland Yard —se presentó—, Deseo hablar con usted, señora Sheck.

—¿Porqué? No he hecho nada malo...

—Richard Genn era amigo suyo, señora.

El rostro de la mujer se oscureció. Sus labios temblaron.

—E... es cierto, pero tampoco es nada malo. Richard era viudo y yo soltera, así que...

—Ha dicho que «era» viudo. ¿Es que ha muerto?

Nelly vaciló.

—Hace muchos días que no sé de él. Temo lo peor, sargento.

—¿Qué es lo peor, señora? ¿Un asesinato?

—Por favor, déjeme. Me marchó de esta casa. Tengo el coche preparado. No me entretenga más, se lo ruego.

—No la entretendré si me cuenta lo que sabe... por boca de su amigo, claro.

—Estaba metido en un asunto de cientos de miles. Me dijo que ya lo tenía a punto de solucionarlo. Eso es todo.

—Y, ¿cómo supo que lo habían asesinado?

—No lo sé. Richard me dijo que si tardaba más de una semana en volver, ya no tendría que esperarlo, porque habría muerto. Yo le dije que abandonase el asunto, pero él contestó que no podía; había avanzado ya demasiado y cuando terminase, se habrían terminado también sus problemas económicos. Iba a conseguir una buena recompensa, ¿sabe?

—Me lo imagino. Pero, dígame, ¿por qué se marcha? ¿Es que tiene miedo de alguien?

Ella rió nerviosamente.

—¿Quién, yo? ¡Qué tontería! ¿Por qué iba a tener miedo de ninguna persona? Yo no he hecho mal a nadie.

—Quizá Genn le contó cosas comprometedoras y la han amenazado para que calle la boca...

—No, en absoluto —protestó la mujer—. Me voy a Brighton, a casa de mi hermana, a pasar allí una temporada. Puede comprobarlo si quiere, sargento. Y ahora, si me lo permite...

Nelly agarró la maleta, la sacó al exterior y cerró la puerta con llave, que luego guardó en el bolso. Acto seguido, levantó de nuevo la maleta y atravesó el pequeño jardín que había delante de la casa.

El coche, un «Morris», estaba aparcado junio a ía acera, algo más adelante. Milton quedó en el mismo sitio, anotando la matrícula del vehículo. Sí, Nelly sabía más de lo que pretendía aparentar y resultaría conveniente interrogarla de nuevo.

Posiblemente, hasta conocía a los asesinos de Genn. Tal vez había intentado hacerles chantaje, recibiendo a cambio unas amenazas que no había podido ignorar; por ello se marchaba a casa de su hermana.

Milton guardó la libreta en el bolsillo. Nelly estaba ya sentada tras el coche y hacía girar la llave de contacto.

Entonces se produjo la explosión.

Milton fue derribado contra la puerta, aturdido y ensordecido, mientras veía volar trozos de carrocería por los aires. También vio saltar a cierta distancia unas cosas que habían formado primitivamente parte de un ser humano.

CAPITULO III

Claudia Spencer detuvo el «Mini» cuando vio al hombre que le hacía señas a un lado del angosto camino. El individuo se acercó al coche.

—Soy Mark Marryl —se presentó—. Usted es la señorita Spencer.

—Sí, en efecto.

—Tengo instrucciones para usted —declaró Marryl—, Siga adelante por el camino. Norrelson Hall está a unas tres millas. Cuando le falte media para llegar, pare el coche, salte y examine las ruedas. Luego simule rabia, por un pinchazo. Patee a una de las ruedas y procure buscar las herramientas para el cambio. ¿Me va entendiendo?

—Así es, señor Marryl. ¿Qué más?

—Para detenerse exactamente en el punto deseado, verá, a la derecha del camino, un trozo de trapo rojo sujeto a una piedra. La escena es tomada desde la casa con teleobjetivo, simulando que la están observando por medio de un catalejo. El trapo rojo no aparecerá en la cámara, película, oculto por la piedra.

—Me parece que eso no está en el guión que me dieron...

—Es una idea nueva del director, señorita. Hágalo tal como le indico, por favor.

—Desde luego. ¿Algo más?

—Sí. Saque las herramientas y luego vuelva a meterlas, limpiándose las manos a continuación con gesto de alivio. Naturalmente, habrá corte en la película, pero el montador lo hará aparecer como una secuencia interrumpida entre el principio del cambio de rueda y el final de la operación.

—Con tal de que no salga la rueda pinchada en la película —sonrió Claudia.

—Bueno, usted hará ver que es una de las ruedas traseras y no podrá ser captada por la cámara, ya que el coche quedará justo de frente al objetivo. ¿Necesita alguna aclaración?

—Todo está bien —contestó ella.

—Por lo demás, el resto sigue fielmente el plan del guión —dijo Marryl—. Yo me quedo aquí esperando a un técnico que ha de venir a revisar una de las cámaras, que no parece funcionar demasiado bien. Gracias por todo, señorita Spencer.

—Encantada, señor Marryl —se despidió ella.

Claudia se sentía intrigada. ¿Por qué aquella ficción del pinchazo? ¿Tenía algo que ver con el argumento general de la película?

Dejando de lado sus pensamientos, siguió el camino, hasta que avistó la señal roja. Desde allí, podía divisar claramente Norrelson Hall, a unos ochocientos metros de distancia.

Sonrió para sí, mientras desempeñaba la comedia de la rueda

pinchada. Al terminar, volvió al coche, arrancó de nuevo y, un par de minutos más tarde, se detenía ante la fachada principal de Norrelson Hall.

Shane Parr salió a recibirla y la saludó con gran efusión.

—Espléndido, señorita Spencer —dijo—. Ha resultado una escena perfecta. El director ha quedado muy contento de usted.

—Lo celebro. ¿Hemos de seguir ahora con la filmación?

—Oh, por Dios, será mejor que se tome un descanso. Ya le tenemos destinada una habitación. Mañana rodaremos la escena principal. Si todo sale bien, antes de mediodía puede quedar despachada y, como es lógico, le entregaremos el resto de sus honorarios. ¿Ha traído equipaje?

—Un maletín con lo más indispensable, por si tenía que pasar aquí la noche...

—Perfecto. Démelo, se lo ruego.

Claudia siguió a Parr y entró en la casa. Subieron al primer piso y Parr abrió una puerta.

—Esta es su habitación —indicó—. La cena será a las siete y media. Hasta luego.

—Hasta luego, señor Parr.

Claudia se quedó sola en el dormitorio. Estuvo unos momentos inmóvil y luego, lentamente, caminó hacia la ventana, desde la que se veía el borde del acantilado, a doscientos pasos de distancia.

El cielo estaba cubierto de nubes, bajas, grises, ventrudas. El mar era también grisáceo, con chispas blancas en la superficie. Unas gotas de lluvia repiquetearon súbitamente sobre el cristal.

Claudia volvió a la realidad y se encaminó al cuarto de baño, a fin de arreglarse para la cena.

* * *

—Estamos registrando la casa del tejado a los cimientos —dijo Dobbles—, Es indudable que Nelly Sheck sabía algo y no quiso contárselo. Con toda seguridad, trató de hacer chantaje a los asesinos de Genn y éstos, si acaso simulaban ceder, la quitaron de en medio, para tapar una boca comprometedora.

Milton se introdujo el meñique en el oído derecho.

—A veces, me parece que estoy sordo —se quejó.

Un trozo de cristal le había herido en una mejilla. La herida había requerido tres puntos de sutura y ahora estaba cubierta por una ancha tira de cinta adhesiva.

—Se libró por poco —convino el inspector—. Bien, tómese un par de días de descanso...

—Señor, esto no es nada —exclamó Milton—. ¿Por qué no me permite dar un vistazo a Norrelson Hall?

Los dedos de Dobbles tabalearon sobre la mesa. Antes de que pudiera contestar al joven, sonó el teléfono.

Dobbles levantó el aparato y escuchó algo. Con la mano izquierda, escribió unas palabras en un papel y se lo entregó a Milton.

—Vaya a ver a esta persona —indicó—. Quiere darnos informes sobre el caso Genn. Cuando los tenga, llámeme y luego váyase a su casa y tómese la noche entera de descanso, por lo menos. Mañana por la mañana, saldrá para Barthane y Norrelson Hall.

—Muy bien, señor.

Mientras salía del despacho de su superior, Milton leyó el papel. La persona que tenía informes se llamaba Jackie Duke. Se preguntó qué tenía que decirle aquel tipo acerca de un detective privado desaparecido, casi seguramente asesinado.

Jackie resultó ser una mujer, de espectacular figura y con el pelo rojo como el fuego. Al ver a Milton, rió y le agarró por un brazo.

—Tenía ganas de volverte a ver, encanto —saludó efusivamente.

Milton parpadeó.

—Señora, que yo sepa, no nos hemos visto jamás...

Ella volvió a reír.

—En la Universidad, me llamaba más prosaicamente, Betty Brown, —manifestó—. Dejé mis estudios dos años antes de terminar la carrera.

Milton se quedó con la boca abierta,

—Tú... eres Betty Brown...

—La misma que viste y calza, querido. ¿Tienes ganas de beber algo?

Milton carraspeó.

—Estoy de servicio...

—Oh, vamos, vamos, nadie nos ve y un traguito no sienta mal a nadie, sobre todo, después de las seis de la tarde. Apuesto a que ya no tienes que volver al despacho del jefe.

—Le telefonearé y me iré a casa... ¿Cómo diablos sabes tantas cosas, Betty?

Ella le guiñó un Ojo.

—Soy una «soplona» —admitió sin remilgos—. Pero, seguramente, no lo sabe nadie más que tu jefe. Y ahora tú, claro.

Llenó las copas y le entregó una, sentándose luego en el diván. Vestía una aparatosa bata de encajes rojos y negros, que se abrió, dejando ver un par de preciosas piernas, cubiertas en parte de seda negra.

—Trabajo en el «Battery» —explicó ella—. Hoy es mi día libre, naturalmente; por eso estoy en casa.

—De modo que cambiaste los estudios de leyes por el arte.

—A cualquier cosa se le llama arte, pero da dinero y soy, modestia aparte, una celebridad entre las de mi especie. Tú acabaste en

Scotland Yard, según veo.

—Me di cuenta que no tendría grandes éxitos como abogado, de modo que ingresé en la Policía. Eso me gusta más, Betty. ¿O debo llamarte Jackie?

—Estoy en casa —contestó ella intencionadamente.

—Comprendo. Betty, llamaste al inspector porque tenías informes que darle. Supongo que se refieren a un tal Richard Genn.

—Los informes se refieren a la mujer que murió esta mañana delante de tus ojos. —Betty le acarició la mejilla—. Pobrecito, estuviste a punto tú también de volar en pedacitos...

—Faltó poco, en efecto. ¿Cuáles son los informes?

Betty se levantó, fue a una consola y volvió con una llavecita.

—Me la entregó Nelly hace dos días —manifestó—. Dijo que era de una caja de alquiler de un Banco.

—¿Por qué te la dio? ¿Temía algo?

—No quiso ser muy explícita, aunque, sí, vi que temía algo nada bueno. Sospecho que se metió en un asunto muy oscuro, Brian.

—Pero mencionaste el nombre de Genn al inspector...

—Oh, yo sabía que Nelly y el detective vivían juntos. Nelly me confesó que hacía días que no tenía noticias de Genn. Por eso, al enterarme de su muerte, llamé al inspector.

—Comprendo. Pero, ¿puedes decirme de dónde viene ese conocimiento?

—Nelly trabajaba también en el «Battery». Era la jefa del equipo de limpieza. Me tenía bastante afecto. Un día confesó que yo había llegado donde ella no pudo llegar, aunque lo intentó. Pero, en cierto modo, era mujer de buen conformar, porque apreciaba su empleo y rendía a satisfacción del dueño.

—Ya. —Milton hizo saltar la llave en la palma de la mano—, Se la daré mañana al inspector... ¿Eso es todo, Betty?

Los ojos de la mujer chispearon maliciosamente.

—Anda, díselo al viejo Dobbles —indicó—. Luego ven aquí otra vez.

Milton llamó a su jefe y regresó junto a Betty. Ella le aflojó el cuello de la camisa.

—Cuando estudiábamos juntos, me comías con los ojos —le recordó.

—Es cierto —admitió él—. Pero imagino que no sería el único.

—Todos iban detrás de mí. Sin embargo, nadie lo consiguió.

—Pero tuvo que haber un triunfador...

—No era estudiante. Tenía un próspero negocio. Ganaba mucho dinero. Yo piqué como una tonta; ya me veía con una casa propia, con todos los lujos y luego... ¡plaf!, el sueño se disipó como una pompa de jabón pinchada con un alfiler.

—¿Qué sucedió Betty?

—Estaba casado y tenía tres hijos y, por si fuese poco, estaba a punto de ser abuelo, a causa de su hija mayor, recién casada. ¡Qué fracaso, Brian!

—Supongo que lo habrás olvidado, Betty.

—Por supuesto, ni me acuerdo de él. Pero sí, en ocasiones, me he acordado de ti.

—Y de algún que otro compañero de estudios.

—No —dijo ella, ardorosamente, a la vez que se abría el escote de la bata—. Sólo me he acordado de ti... y ahora te tengo en mi casa y libre de servicio. •

Milton sonrió. Le ofrecían la fruta en bandeja, pensó. ¿Por qué rechazar la invitación?

Abrazó a Betty y buscó su boca. Ella correspondió con ardiente fogosidad.

—Será una noche maravillosa —dijo con voz cargada de promesas,

CAPITULO IV

En la oscuridad del dormitorio, Claudia Spencer consultó la esfera luminosa de su reloj de pulsera. Eran casi las tres de la madrugada.

Silenciosamente, apartó a un lado las ropas de la cama y se puso en pie, envolviéndose a continuación en una bata. Metió los pies en unas zapatillas y se dirigió hacia la puerta.

Abrió una rendija. Escuchó atentamente. El silencio era absoluto.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil. Recordaba la cena, a la que habían asistido, además del director, un tipo relamido y presuntuoso, llamado Arthur Pennington, el ayudante Parr y dos hombres que le habían sido presentados como cámaras de cine. Marryl y el especialista técnico estaban en la cocina.

Pennington había permanecido silencioso durante casi todo el rato, aunque en ocasiones intervenía con frases pretendidamente ingeniosas, que parecían mostrar la vaciedad de su cerebro. Sin embargo, Claudia sospechaba que la actitud de Pennington era deliberadamente falsa. Una vez, le había sorprendido descuidado, mirándola, y casi había sentido frío al captar lo que había al otro lado de aquellas pupilas que parecían de porcelana.

Parr se había mostrado más locuaz y hasta normal. En cuanto a los dos miembros del equipo, unos tipos muy rudos, con más aspecto de pistoleros que de operadores de cine, su silencio había sido prácticamente total.

Era curioso, porque unos tipos de su clase, y ella conocía a unos cuantos, tenían siempre tendencia a hablar de las películas en que habían intervenido y a realizar comentarios sobre aspectos técnicos de las filmaciones, por no hablar de las atroces críticas que solían hacer a todos los actores de cine de ambos sexos. Aquellos dos cámaras no habían despegado los labios, al menos en aquel sentido. ¿Por qué?

Lentamente, salió de su cuarto y caminó hacia la puerta en que concluía el corredor. Tanteó el picaporte, pero se encontró con que estaba cerrada con llave.

La puerta era sólida, de recios cuarterones de madera oscura, patinada por el paso del tiempo. Era imposible soñar con forzar la cerradura sin herramientas adecuadas. ¿Dónde rodía ella encontrar una llave?

—¿Buscaba algo, señorita Spencer?

La muchacha se sobresaltó horriblemente al oír una voz inesperada a sus espaldas. Giró en silencio y vio a la mujer que le había sido presentada como ama de llaves a su llegada.

Era bastante alta, de pechos voluminosos, aunque, extrañamente, delgada de talle. El pelo era rubio ceniciento y usara unas gafas con

montura de cerco. Debía rondar los cuarenta años y era evidente que, con unos pocos retoques de maquillaje y con la expresión menos severa, habría parecido mucho más atractiva.

—Di... disculpe, señora Cox —contestó, muy turbada—. Me... me desvelé y quise fumar, pero entonces reparé en que lo tenía fósforos...

Linda Cox metió la mano en un bolsillo de su bata y sacó un encendedor de tipo barato.

—Puede quedárselo, señorita Spencer.

—Muchas gracias, señora.

Claudia regresó a su habitación, mientras caminaba, sentía clavada en su nuca la penetrante mirada de aquella mujer. Entró en su habitación, cerró y se puso la mano en el pecho, para contener los tumultuosos latidos de su corazón.

Respiró largamente. Luego buscó los cigarrillos y encendió uno. Al cabo de un rato, se sintió más tranquila. Eran ya las tres y media de la madrugada.

Cuando se disponía a acostarse, oyó el ruido del motor de un automóvil. Alguien se marchaba de la casa, pensó.

Pero no tenía sueño y durante unos minutos, se revolvió inquieta entre las sábanas. De pronto, oyó el distante rumor de un motor que no parecía el de un coche.

Aguzó el oído. ¿Era un aeroplano?

Los cristales vibraron tenuemente. Invasada por la curiosidad, volvió a levantarse y corrió hacia la ventana. Entonces vio algo extraordinario.

Todavía era de noche cerrada, pero había cuatro automóviles fuera de la casa, en una llanura inmediata, situados de una forma que le llenó de extrañeza. Dos de ellos, separados por una distancia de sesenta o setenta metros y frente a frente, estaban a trescientos metros de la casa, con los faros encendidos. Había dos más, pero mucho más lejos, a una distancia superior al kilómetro, en posiciones análogas y también con los faros encendidos.

Tremendamente intrigada,, se preguntó qué hacían allí los cuatro coches. Entonces vio unas luces lejanas, en el cielo que, sin embargo, se acercaban rápidamente.

El sonido de los motores se acentuó. Las luces descendían con rapidez. Súbitamente, Claudia lo comprendió todo.

Era un avión y se disponía a tomar tierra, con las luces de aterrizaje encendidas. Ahora comprendía los motivos por los que los cuatro coches estaban situados en aquellas posiciones.

Los dos más alejados señalaban el comienzo de una pista de aterrizaje y guiarían al piloto para el momento de la toma de tierra. El avión haría su recorrido por el suelo sin necesidad de otra indicación que los faros de los autos próximos a la casa, que señalaban el fin de

la pista. Ahora lo entendía fácilmente, pero, ¿qué hacía el avión en aquellos parajes?

El aparato tomó tierra sin dificultad. Claudia pudo ver sus luces aproximándose al final de la pista. Debía ser un buen piloto, supuso, porque el avión se detuvo sin dificultad antes del lugar donde se le marcaba el término de la carrera de aterrizaje. Pero los dos motores del aparato siguieron funcionando.

Desde su observatorio, Claudia vio que un hombre corría hacia el aeroplano. La distancia era excesiva y había una notoria falta de luz, pero, aún así, le pareció reconocer a Pennington, durante la fracción de segundo que tardó en pasar por delante de los focos de luz de uno de los coches. Pennington, o el que fuera, se acercó al costado izquierdo del avión.

La portezuela se había abierto. Un hombre se asomó y le entregó algo. Pennington movió una mano y luego se retiró precipitadamente.

El piloto aceleró los motores, mientras el otro cerraba la portezuela. Claudia vio correr a Pennington. El avión viró en pocos metros y luego aceleró bruscamente. Al llegar a los dos coches más lejanos, el piloto accionó los mandos y el aeroplano se elevó sin dificultad.

Los coches emprendieron el regreso a la casa inmediatamente. Claudia volvió a acostarse.

Las preguntas se atropellaban en su mente. ¿Qué sucedía en Norrelson Hall? ¿A qué había venido el avión? ¿Qué había entregado el tripulante a Pennington?

Eran enigmas que no se sentía en condiciones de aclarar, al menos por el momento. Lo único que podía hacer, y presintió que era lo que más le convenía, era mostrar una absoluta discreción en todo momento y un desinterés total por cuanto no se relacionase con la película que se iba a filmar.

* * *

—¿Queda muy lejos Norrelson Hall?

El hombre que estaba tras el mostrador demoró la respuesta unos segundos, mientras parecía concentrarse en la limpieza de un vaso muy limpio. Luego, todavía con la cabeza inclinada, miró con un ojo a su joven cliente.

—¿Por qué lo pregunta? —quiso saber.

—Tengo una mina de uranio allí y quiero construir una fábrica de balas atómicas —respondió Milton sin pestañear.

—Querrá decir bombas atómicas.

—He dicho balas atómicas. Para pistoleros sin trabajo y secuestradores de encargados de bar.

El dueño del bar en donde se había detenido Milton enrojeció al comprender el sentido de la respuesta.

—Perdone, pero no quise ofenderle —se disculpó—. ¿Es usted policía?

Milton le hizo una señal con la mano y el hombre se acercó.

—No se lo diga a nadie —cuchicheó el joven—. Soy de la Gestapo.

Ernie Barham, dueño de la taberna «El león y las Tres Coronas», respingó.

—La Gestapo —repitió.

—Sí, una rama muy especial. Creyeron que destruían la organización, pero hemos sobrevivido los más inteligentes. Ahora hemos trasladado nuestro cuartel general... Oh, vamos, Ernie —rezongó Milton—. A ver si voy a tener que pensar que usted es también policía.

—Jamás, Dios me libre.,.

—Pues no es un oficio tan malo. En cuanto se lo digo a una chica, me abre los brazos.

—¿Sólo los brazos? —rió Barham.

—Ernie, un caballero no habla jamás de lo que sucede entre él y una dama —contestó Milton virtuosamente—. Bueno, volviendo a lo de antes. ¿Dónde está Norrelson Hall?

—Salga de la ciudad hacia el Norte y siga el camino que hay a la izquierda, después de la bifurcación. No podrá perderse, pero tenga cuidado.

—¿Por qué?

—Hay puntos donde el camino se acerca demasiado a los acantilados. El tiempo es lluvioso y el camino no está asfaltado. Un frenazo, un pequeño error con el volante, y, ¡paf!, un salto de cuarenta o cincuenta metros.

Milton depositó dos coronas sobre el mostrador.

—Lo tendré en cuenta, Ernie —dijo.

Empezó a girar, pero se volvió y miró fijamente al dueño de la taberna.

—Ernie, le prohíbo oficialmente que diga que soy un policía, ¿estamos?

El tabernero asintió.

—Bien, pero, si me pregunta alguien, no le voy a decir que es de la Gestapo...

—He venido en busca de huevos de mariposa.

—¡Huevos de mariposa! —resopló Barham.

—Claro, están entre las matas. Me los llevaré a casa, los incubaré y tendré mariposas para mi mariposódromo.

—Dios mío, uno de los dos está loco —gimió el tabernero— ¿Qué es un mariposódromo?

—Un lugar donde se hacen carreras de mariposas, lo dice la palabra, hombre —rió Milton, mientras, esta vez sí, se encaminaba hacia la

salida.

El paisaje, desolado, le impresionó notablemente.

—No sé cómo hay personas a las que les gusta vivir aquí, —murmuró. Aunque reconoció que, en el verano, el lugar no dejaría de tener su encanto. Una pradera siempre verde, bajo los rayos del sol, resultaría sumamente atractiva.

—Pero aquí debe de pasar lo que dijo una vez aquel tipo: «El año pasado, el verano cayó en jueves» —soliloquio.

Al cabo de un rato, divisó Norrelson Hall, recortando su maciza silueta contra el cielo. Una loma le ocultó el caserón un poco y, doscientos metros más adelante, entró en una curva cuyo punto máximo de inflexión quedaba a escasos metros del acantilado. Atraído por la curiosidad, paró el coche y saltó fuera.

En aquel lugar no había tapias de piedras ni setos. Del camino al acantilado había apenas seis u ocho metros de un terreno, aunque herboso, absolutamente liso y en ligera pendiente hacia abajo. Tomar la curva a gran velocidad en aquel sitio equivalía a suicidarse, pensó.

Las olas rompían contra la base con sordo fragor. Milton contempló pensativamente el majestuoso espectáculo. Una borrasca, vista desde la seguridad de la tierra firme, debía de ofrecer un espectáculo de salvaje grandiosidad difícilmente igualado.

Lloviznaba ligeramente. Un sople de aire fresco le dio de lleno en la cara y percibió el olor a sales marinas. Sacó un pañuelo y se limpió. Luego volvió a su coche y avanzó un poco más, hasta avistar la casa nuevamente.

Entonces se paró, retrocedió unos metros y saltó del automóvil, con unos prismáticos en la mano.

* * *

—¡Corten! —gritó el director.

Pennington miró a la muchacha y sonrió.

—Ha salido una escena perfecta, señorita Spencer —elogió.

Ella hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Muchas gracias —contestó.

—El señor Parr liquidará sus honorarios. Por ahora, eso es todo. Tengo una nueva película en perspectiva y abrigo la esperanza de poder ofrecerle un papel de mucha mayor importancia. Nos mantendremos en contacto con usted, téngalo por seguro.

—Así lo espero, señor Pennington.

De pronto, Claudia se llevó una mano a la frente y vaciló ligeramente. Parr se precipitó hacia ella.

—¿Le sucede algo?

—Me siento... un poco indispuesta. No será nada, se lo aseguro; soy un poco baja de presión...

Estornudó un par de veces y añadió:

—Además, tengo un fuerte constipado. En estas condiciones, la baja de presión, al menos en mi caso, es inevitable.

Pennington arqueó las cejas.

—No hemos notado nada, señorita —dijo.

—He procurado dominarme, para no estropear el trabajo. Hubiera tomado un poco de coñac para entonarme, pero se me sube en seguida a la cabeza y... —Claudia emitió una sonrisa de circunstancias, volvió a estornudar y añadió—: Les ruego me disculpen. No saben cuánto lo siento...

Parr vino con una copa en la mano.

—Beba un poco y se sentirá mejor —sonrió.

—Gracias. —Ella tomó un sorbo—. Puesto que hemos terminado el trabajo, ¿les importa si me acuesto un rato?. Creo que... si me quedase aquí hasta mañana, mejoraría lo suficiente para volver a Londres sin problemas.

Pennington pareció disgustarse al oír aquellas palabras, pero, cortés, accedió a la petición de la muchacha.

—De acuerdo, no hay inconveniente. ¡Señora Cox!

El ama de llaves apareció a los pocos momentos.

—¿Señor Pennington?

—Nuestra artista se encuentra indispuesta y desea acostarse. Prepárele algo que la reanime, por favor.

—Sí, señor.

Claudia echó a andar hacia la escalera que conducía al piso superior.

—Estaré en mi habitación, señora Cox —manifestó.

Al llegar arriba, volvió la cabeza un instante. El actor que representaba el papel del anciano en poder de una banda de malhechores sin escrúpulos, continuaba en el mismo sitio, sobre su silla de ruedas, con la mirada perdida en el vacío, las manos sobre los brazos de la silla y cubierto con una manta desde la cintura para abajo. Claudia tuvo que hacer un gran esfuerzo para continuar manteniendo su aire natural y no dar a entender lo que había logrado averiguar en las pocas horas que llevaba en Norrelson Hall.

* * *

Después de marcar el número, Milton aguardó unos momentos. Al fin, oyó la voz del inspector jefe Dobbles.

—¿Milton?

—Sí, señor. Estoy en Barthane. Ya he visto Norrelson Hall, aunque de lejos. No me he atrevido a llegar hasta allí, porque era de día.

—Comprendo. ¿Algo de particular?

—Por ahora no, señor. Sin embargo, he averiguado que la casa

pertenece a sir Lionel Crawmile. ¿Sabe usted algo de él?

—El nombre me suena, aunque hace tiempo que no lo oigo mencionar por ninguna parte. Haré que investiguen.

—Gracias, señor. Sir Lionel debe ser un hombre muy adinerado. Tiene un montón de servidores, según he podido informarme en el pueblo.

—Es posible —admitió Dobbles.

—Pero en ese caserón, en estos parajes... la cosa parece un poco incongruente...

—Muchacho, cuando se tiene dinero, lo incongruente es normal para ciertas personas —dijo el inspector sentenciosamente—, ¿Qué más?

—He visto una curva muy peligrosa. Sospecho que Genn pudo caer al mar por aquel punto.

—¿Sólo lo sospecha?

—A decir verdad, tendría que confirmarlo.

—¿Cómo?

—Me pareció ver el techo de un automóvil que emergía de las aguas. Sin embargo, el oleaje era relativamente débil...

—No entiendo. Si el mar está tranquilo, el coche se verá mucho mejor, me parece.

—Siento disentir de usted, señor. El mar no está completamente tranquilo, ni tan alborotado que haya grandes valles entre las olas. En este caso, el automóvil sí asomaría a la vista. Y si la calma fuese absoluta, quedaría oculto bajo las aguas.

—Entiendo. ¿Qué piensa hacer, Milton?

—El tiempo tiene tendencia a mejorar. Hay luna casi llena. Compraré cuerda y bajaré a la pequeña playa que hay al fondo del acantilado.

—Tenga cuidado, muchacho...

—Oh, el descenso es más fácil de lo que parece, señor. Hay muchos accidentes en el acantilado, salientes y demás. Lo malo sería caer con un coche desde arriba o ser precipitado de un empujón. Pero con una buena cuerda no habrá problemas.

—¿Qué me dice de llegar allí por mar?

—Me resultaría más difícil que usar la cuerda.

Dobbles meditó un instante y luego dio su aprobación. —De acuerdo. Llámeme en cuanto regrese, aunque esté en mi casa y durmiendo.

—Sí, señor.

—Y otra cosa: la caja del Banco estaba completamente vacía.

CAPITULO V

Silenciosamente, Claudia se levantó y se vistió rápidamente, poniéndose unos pantalones, jersey, gorro de punto y zapatillas de deporte. Luego fue hacia la ventana y la abrió.

La luna lucía en todo su esplendor. Una inesperada mejoría había despejado el cielo y apenas si se veían nubes. Incluso se había parado el viento. Aunque la temperatura era bastante baja, no llegaba al cero sin embargo y la noche resultaba bastante agradable.

Al pie de la ventana corría una cornisa de piedra, de unos treinta centímetros de anchura. Claudia puso los pies sucesivamente en el saliente y, pegada a la pared, empezó a deslizarse hacia el ala sur de la casa.

El suelo estaba a unos cinco metros de distancia. La caída, si se producía, no sería fatal, pero sí podía estropear sus planes. Por dicha razón, se detenía de cuando en cuando. Un poco más tarde, pasó ante una ventana en la que se divisaba un tenue resplandor.

Las cortinas estaban medio corridas. En aquella habitación, se veía encendida una pequeña lámpara. Había dos personas en la cama. Una de ellas era Linda Cox.

La otra era Parr. El ama de llaves y Parr estaban entregados de lleno a la muy agradable tarea de hacer el amor. Sofocada, Claudia apartó la vista en el acto, aunque supo comprender que la acción de la pareja favorecía sus propósitos.

Por fin llegó a la ventana deseada. Tanteó el bastidor. Haciendo un ligero esfuerzo, consiguió levantarlo.

Entró en la alcoba. Su ocupante dormía apaciblemente en un gran lecho, adornado con un enorme dosel de telas rojas y doradas.

Corrió a su lado y contempló al durmiente con simpatía. Le sacudió ligeramente para despertarlo, pero consiguió nada positivo.

Encendió un instante la luz. Sobre la mesilla de noche vio frascos y tubos de medicamentos. El hombre había tomado sedantes.

—Está bien, lo haré a mi modo —dijo.

Empezó a trabajar activamente. Diez minutos más tarde, había conseguido vestir al hombre y hacerle volver en parte a la consciencia.

—Vamos, vamos... Muévete, por favor... Quiero sacarte de aquí...

El anciano caminó torpemente hacia la ventana. Claudia había anudado unas sábanas y ató una de ellas al cuerpo del hombre, bajo los sobacos.

—Tenemos que salir de aquí por este medio, no hay otra solución —dijo.

El anciano la miró torpemente.

—¿Quién eres? —preguntó.

—¿Qué cosas dices, sir Lionel? —sonrió ella—. ¿Estás preparado?

—Sí, creo que sí...

—Aguarda un momento, por favor.

Claudia volvió al interior de la habitación y cogió diversas prendas que lanzó a través de la ventana. Luego ayudó al hombre a pasar las piernas por encima del antepecho. Era una muchacha fuerte y entrenada y pudo soportar el peso del hombre durante el descenso.

Momentos más tarde, sir Lionel Crawmile estaba sentado en el asiento izquierdo del «Mini» de la muchacha. Ella le sonrió y dijo:

—Aguarda aquí unos momentos, por favor; no temas nada. Puedes considerarte a salvo, sir Lionel.

Volvió al pie de la ventana, recogió las prendas que había tirado antes y las sábanas y con todas aquellas ropas en la mano corrió hacia el acantilado.

* * *

Mientras Claudia salía de su dormitorio, Milton llegaba a la pequeña playa situada en la base del acantilado. Su mente no cesaba de funcionar, preguntándose qué podía haber guardado Nelly Sheck en su caja del Banco.

Por ahora, no lo sabían. Si se trataba de documentos comprometedores, estarían ya destruidos, a menos que sirviesen para hacer chantaje a alguien. Lo que ni él ni su jefe comprendían era cómo los empleados del Banco habían permitido que una persona desconocida vaciara la caja de alquiler.

Dobbles suponía que alguien había tomado un molde de la llave, haciéndolo reproducir fielmente después, incluida la numeración que permitía identificarla. El jefe de! servicio de cajas de alquiler había mencionado a una mujer de señas muy parecidas a Nelly. Dobbles creía que alguien había tomado su puesto. Teniendo la llave, la impostora no habría encontrado demasiadas objeciones para alcanzar sus propósitos.

Dejó de lado aquellos pensamientos y se acercó a la orilla. El mar descendió de pronto y parte de la estructura de! coche quedó a! descubierto.

Milton no se hacía ilusiones. Habían transcurrido ya casi tres semanas. Los peces habrían devorado el cuerpo de Genn. Sólo encontrarían los huesos y...

—¿Qué se puede probar con esos restos? —murmuró—. Sólo un accidente, porque si le hubieran pegado un tiro, lo habrían enterrado o tal vez arrojado al mar, más adentro y lastrado para que no volviera a la superficie.

Se estremeció al pensar en lo que debía hacer a continuación. Tras unos segundos de vacilación, se desnudó completamente. Al menos, a

la salida, tendría ropas secas.

No necesitó nadar apenas. Alcanzó el coche y pronto pudo ver que no había nadie en su interior.

Las portezuelas estaban abiertas. Seguramente, Genn había salido despedido en la caída desde el acantilado. Las olas habrían arrastrado su cuerpo mucho menos pesado que el automóvil. Sólo le faltaba una comprobación.

Había ido prevenido y, tiritando de frío y con un fuerte castañeteo de dientes, arrancó una de las placas de matrícula. Sería más que suficiente por el momento, se dijo.

Con ella en la mano, corrió hacia la playa. Había traído una toalla y se frotó vigorosamente el cuerpo. Otra cosa que formaba parte de su equipo era un frasquito con coñac. Tomó un par de buenos tragos, empezó a vestirse y poco después, emprendía la ascensión hacia la planicie.

Al llegar arriba, respiró profundamente. Ahora volvería a Barthane y llamaría a su jefe. De repente vio las luces de un coche que se acercaba a toda velocidad.

Milton se apartó del camino. El conductor parecía loco.

—Se va a estrellar —masculló.

Súbitamente, el coche empezó a dar bandazos. Milton apenas si tuvo tiempo de apartarse a un lado para evitar ser atropellado. Dentro del coche gritó agudamente una mujer.

El automóvil se salió del camino. Milton presintió la catástrofe.

* * *

Claudia corrió hacia el acantilado. Un hombre salió de la casa y se acercó al «Mini». Vio a su ocupante y frunció el ceño.

Rod Fuller se preguntó cómo había llegado sir Lionel hasta el automóvil de la artista. No había más que una explicación: Claudia Spencer se llevaba a! viejo.

De pronto, la vio correr a través de la explanada. Lanzando una exclamación de cólera, Fuller se lanzó en su persecución.

Podía costarle caro si no solucionaba el problema. Le habían encomendado vigilar a la muchacha, pero se había dormido unos minutos. Al subir a su habitación y ver que no estaba, había empezado a buscar por todas partes. Finalmente, se le había ocurrido salir a! exterior. Ahora sabía lo que estaba sucediendo.

Se preguntó por qué llevaba Claudia aquellos ropajes en las manos. Vio ondear una cosa blanca y supuso que eran las sábanas utilizadas para descolgar a sir Lionel hasta el suelo.

—Ahora verá esa pájara... —masculló.

Claudia había llegado ya al borde del precipicio y tiró las sábanas. En el suelo, sobre la hierba, quedaron una gorra a cuadros, una

chaqueta y unas zapatillas.

Contempló satisfecha su obra. Cuando empezasen a buscar a sir Lionel, encontrarían allí las ropas. Entonces pensarían que se había suicidado y dejarían de preocuparse por el anciano.

Empezó a volverse. Entonces vio a un hombre que se le arrojaba encima, poseído por una furia indescriptible.

Claudia lo reconoció en el acto. Era Rod Fuller, uno de los pretendidos operadores de cine. El sujeto alargó las manos para empujarla.

Pero Fuller ignoraba ciertas cualidades de la muchacha. Cuando ya alcanzaba sus hombros,, Claudia levantó también sus manos, agarró las muñecas del sujeto y se dejó caer de espaldas. Cuando tocó el suelo, elevó ambos pies, los hundió en el estómago del sujeto y luego hizo fuerza hacia arriba.

Fuller se dio cuenta demasiado tarde de que se había enfrentado a una joven con experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo. Empezó a volar por los aires y, de pronto, vio que debajo de él no había nada más que el vacío.

Claudia volteó en el suelo, con la cabeza justo en el borde del escarpado. Apoyada en los codos, avanzó un palmo, mientras oía el estremecedor alarido que se alejaba velozmente hacia las profundidades.

Las paredes del acantilado quedaban en la sombra, debido a su posición con respecto a la luna. Ya no pudo ver nada, aunque creyó escuchar un horrible chapoteo, que indicaba el fin de Rod Fuller.

Durante unos segundos, estuvo allí, con las manos en los ojos. Luego reaccionó.

Un hombre había muerto, pero ella se había limitado a defenderse. No le había quedado otra elección posible. Había sido legítima defensa... aunque habría que ver qué opinaría la Policía cuando conociese el suceso.

Consiguió tranquilizarse un tanto. Lo que sucediese después no tenía tanta importancia como lo que podía pasar ahora. Tenía que escapar de aquella casa cuanto antes.

Se puso en pie, echó a correr y en pocos momentos llegó junto al coche. Por fortuna, estaba al principio de una ligera pendiente y decidió no arrancar el motor. Soltó el freno, desembragó y dejó que el «Mini» se deslizara por sí solo casi ciento cincuenta metros.

El motor arrancó entonces apenas sin ruido. Claudia encendió las luces y pisó a fondo el acelerador.

Todavía se sentía terriblemente nerviosa. El anciano, a su lado, parecía sumido en una especie de semiinconsciencia, que le impedía darse cuenta de lo que le sucedía. Era mejor así, pensó; no la molestaría con preguntas incómodas, a las que no sabía responder por

el momento.

De repente, los faros iluminaron una curva. Claudia se dio cuenta de que el automóvil rodaba a demasiada velocidad. Pisó el freno, pero se dio cuenta con espanto que el «Mini» empezaba a derrapar.

Había cometido un error, se dijo. Velozmente, redujo marchas, a fin de evitar un mayor deslizamiento. Las ruedas entraron en un terreno blando, esponjoso. Ella sintió que el coche retrocedía y, aterrada, se dio cuenta de que estaba llegando al borde del precipicio.

Entonces, con enorme alivio, notó que el «Mini» se había detenido. Y vio a un hombre que venía hacia ella.

* * *

Milton también sintió un enorme alivio al ver que el automóvil se detenía con la zaga a un palmó escaso del borde. Corrió hacia el vehículo y se acercó a la ventanilla derecha.

—¿Están bien? —preguntó.

Claudia asintió en silencio. Todavía no podía hablar.

—Bien, bien —dijo el joven comprensivamente—. Será mejor que deje pasar unos, minutos, así podrá serenarse. Aguarde aquí, por favor.

Milton volvió a su coche y buscó el frasquito con el coñac. Después de destaparlo, se lo ofreció a Claudia.

—Gracias —musitó ella—. Ahora me siento mucho mejor.

—Lo celebro. Déle un poco a su acompañante —indicó Milton.

—No... no puede. Está dormido...

Milton frunció el ceño.

—¿Qué le sucede? —preguntó.

Claudia vaciló. ¿Debía confiarse a aquel joven?

De pronto, alargó un poco el cuello.

—Oiga, ¿no nos conocemos? —exclamó.

Milton respingó.

—No sé... ¿Quién es usted?

—Claudia Spencer. Sí, hombre, usted es Brian Milton. Estuvo una temporada en los estudios «First Star», protegiendo al productor Irving Sharpless, que había sido amenazado de muerte por un tipo medio loco. ¿De veras no me recuerda, señor Milton?

—Claro. —Los dedos del joven chasquearon—. Usted es Claudia Spencer... Doblaban a la primera figura en una escena peligrosa...

—Peligrosa, no —rio ella—. Más bien incómoda, Brian. ¿Sigue en la Policía?

—Desde luego. ¿Puedo preguntarle qué hace aquí, Claudia?

Ella vaciló un instante. Luego se decidió:

—Es sir Lionel Crawmile. No se encuentra muy bien y lo llevo a su casa de Londres.

Milton estudió un instante la situación.

—El «Mini» no es un coche apropiado para un hombre en sus condiciones —dijo al fin—. ¿Por qué no lo trasladamos al mío, más grande?. Puedo echar hacia atrás el respaldo del asiento delantero y así viajaré como si estuviese en una litera. ¿Le parece bien?

—Sí, es una buena idea.

Milton dio la vuelta y abrió la otra portezuela. Sir Lionel, apreció, podía moverse, aunque sin saber prácticamente lo que estaba haciendo. Milton era un joven robusto y lo llevó casi en vilo hasta su automóvil.

Claudia se había apeado también. Caminó unos cuantos pasos y, de pronto, lanzó un grito:

—¡Mi coche! ¡Olvidé ponerle el freno!

Milton se volvió, todavía con sir Lionel en los brazos. El «Mini» se había deslizado hacia atrás y ya tenía levantadas las ruedas delanteras. Estuvo así unos instantes, terminó de dar la vuelta y se precipitó al abismo.

Claudia se mordió los labios para no echarse a llorar. —Qué descuidada he sido —se lamentó.

—Esto soluciona el problema —dijo Milton—, Está viva y podrá comprarse otro coche. No se preocupe más, le conviene.

Claudia se acomodó poco después en el asiento posterior. —Hay otra cosa que me preocupa más. Brian —manifestó, cuando el joven hacía arrancar ya su automóvil.

—¿Qué es. Claudia?

—He matado a un hombre.

CAPITULO VI

—Lo que ha sucedido hasta ahora es importante, pero ya está hecho y no se puede evitar —dijo el inspector Dobbles—, Si ahora los detuviéramos acusándolos de esos asesinatos, lograríamos un triunfo interesante, por supuesto, pero no conseguiríamos lo que estamos buscando desde hace tanto tiempo, esto es, la destrucción de la pandilla de contrabandistas. Cuando tengamos todas las pruebas, les podremos acusar, además, de esos asesinatos.

—Con lo cual habremos matado dos pájaros de un tiro —sonrió Milton.

—Justamente —confirmó el inspector.

—¿Y yo? ¿Qué me sucederá? —preguntó Claudia, presente también en la reunión.

Dobbles la miró críticamente.

—Dice usted que Fuller la atacó.

—Sí, señor.

—Y usted, naturalmente, se defendió.

—Así fue, inspector.

—Tenemos los antecedentes de Fuller. Era un matón, un forzado, que se empleaba casi siempre para mantener el orden en los garitos y casas de mala nota. ¿Cómo pudo vencer a un hombre mucho más fuerte que usted?

—Bueno... a veces tengo que luchar ficticiamente en una película... Conviene conocer los movimientos de la lucha personal. A decir verdad, lo hago bastante bien, aparte de que asisto a un gimnasio con regularidad.

Dobbles contempló a la muchacha con admiración.

—Seguramente, Fuller lo ignoraba —dijo.

—Yo no se lo había dicho, señor —contestó Claudia.

—Bueno, si nadie denuncia su muerte, no habrá problemas. Y, en el caso peor, usted puede alegar siempre que trató de defenderse. Sería un juicio puramente formulario; los antecedentes de Fuller no eran como para guardarle luto. Está mal que lo diga un funcionario de Scotland Yard, pero es la realidad.

—Gracias, inspector —musitó la joven.

—En cuanto a sir Lionel, debo decir que apruebo su astucia al dejar las prendas al borde del acantilado. Por ahora, dejaremos que sigan creyendo que se suicidó. A fin de cuentas, quizá era lo que buscaban, después de conseguir que firmase esos documentos.

—Pero ahora ellos son los dueños de Norrelson Hall y las tierras que lo circundan —alegó Claudia.

—Esos documentos no tienen el menor valor, estando sir Lionel con

vida. Si hubiese muerto, como sin duda pretendían que sucediera, después de que usted se hubiera marchado de Norrelson Hall, por supuesto, sí habrían hecho ejecutar la acción pertinente ante un tribunal, para el cambio de propiedad.

—Pueden hacerlo ahora, creyendo que está muerto.

—Insisto, si lo hacen, no se lo estorbaremos. Pero el momento oportuno, sir Lionel podrá ejercitar una acción legal de signo opuesto. Tranquilícese, señorita Spencer; sir Lionel no perderá Norrelson Hall.

—Una cosa es segura —intervino Milton—. Yo no tengo dinero, pero si lo tuviera...

—¿Le comprarías la propiedad? —sonrió. Claudia.

—Jamás. Dispensa la franqueza, pero aquel sitio no me gusta; antes tiraría el dinero al mar.

—En cuestión de gustos no hay nada escrito —filosofó el inspector—. Bueno, volviendo a lo nuestro. Mientras usted estaba fuera, Brian, hemos conseguido averiguar el procedimiento por el que pudieron vaciar la caja de alquiler de Nelly Sheck.

—¿Cómo? ¿En el propio Banco? —se asombró el joven.

—Sí, Linda distrajo unos momentos a! empleado y el acompañante firmó con el nombre de Nelly Sheck. Así pudieron pasar a la cámara de cajas de alquiler. Pero el empleado del banco ha conseguido identificar a! acompañante de Linda.

—¿Quién es, señor?

—Max Phelps, alias «El ojo infalible». Le basta echar una mirada a la firma más enrevesada, para copiarla a los pocos minutos, de tal forma que sólo los muy expertos consiguen advertir la falsificación. Milton, vaya y tráigase arrestado a Phelps.

Dobbles entregó un papel al joven.

—Aquí tiene la orden judicial, para evitar problemas —añadió.

Milton dobló el papel y lo guardó en uno de sus bolsillos.

—Traeré a Phelps, señor —aseguró.

—Acompañe a la señorita Spencer. Uno de nuestros coches la llevará hasta su casa. ¿Sir Lionel está bien, señorita?

—Sí, se recupera satisfactoriamente, inspector —respondió Claudia—. Lo atiende su médico personal y muy pronto quedará libre de la influencia de las drogas que le habían sido administradas.

—Por fortuna, eran sólo drogas hipnóticas —sonrió Dobbles—, Gracias por su cooperación, señorita.

Milton y Claudia salieron juntos.

—¿Podré visitarte algún día?

—¿Cómo que algún día? —rió ella—. Esta misma noche, a la hora de la cena. En casa de sir Lionel, por supuesto.

—Será un placer —dijo. Milton, sumamente satisfecho.

Llamó a la puerta y aguardó unos segundos. Detrás de él estaban dos agentes uniformados. A los pocos momentos, se abrió la puerta y apareció el ocupante del apartamento.

—¿Max Phelps? —preguntó Milton.

El hombre parpadeó. Tenía unos cuarenta y cinco años, era de mediana estatura, delgado y con pelo que ya clareaba bastante a partir de la frente. Vestía una bata de seda, con pañuelo blanco de seda al cuello.

—Sí, soy yo —contestó.

El joven le enseñó su placa.

—Sargento Milton, de Scotland Yard —se presentó—. Señor Phelps, le comunico que está arrestado y le advierto que todo cuanto pueda decir, si no desea guardar silencio, podrá ser utilizado en su contra.

—¿Puede comunicarme los motivos de la detención, sargento? —preguntó el individuo.

—Tiene algo que ver con sus habilidades como falsificador.

—Supongo que habrá traído una orden judicial...

Milton se la enseñó. Phelps suspiró, quitó el cigarrillo de la boquilla y lo dejó sobre un cenicero.

—Espero que me permitirá vestirme —dijo Phelps.

—No hay inconveniente, aunque habrá de aceptar que yo esté presente. Mis agentes se ocuparán de registrar su apartamento, señor Phelps. Va incluido en la orden de arresto.

—De acuerdo.

Phelps parecía muy tranquilo, observó el joven. Fue tras él, siguiéndole los pasos, hasta el dormitorio. Mientras, los otros dos policías buscaban por todas partes. Ya tenían las instrucciones precisas para su tarea.

Media hora más tarde, se disponían a salir del piso. Milton, un tanto despechado, apreció que no habían encontrado nada que pudiera relacionar a Phelps con la gente de Norrelson Hall.

Conseguir algo del falsificador iba a ser difícil. Phelps había imitado la firma de Nelly Shek con pluma y tinta del Banco. Pero ni siquiera se podía demostrar que lo había hecho él.

El empleado del Banco lo reconocería, pero sólo podría decir que era el hombre que acompañaba a la supuesta Nelly Shek. No era un delito del que pudieran derivarse graves consecuencias para el falsificador y se dio cuenta de que éste lo sabía y se mostraba perfectamente tranquilo. Sería puesto en libertad muy pronto, se dijo, descorazonado.

Cuando ya llegaban a la puerta, Phelps se volvió hacia él.

—Supongo que podré telefonear a mi abogado —dijo.

—Lo hará desde Scotland Yard, señor —respondió Milton con exquisita cortesía.

—Está bien —se resignó el sujeto.

Entraron en el ascensor, que les llevó a la planta baja. Cruzaron luego el vestíbulo y salieron a la calle. El coche policial se hallaba estacionado frente a la casa.

De repente se oyó una espantosa detonación.

Phelps lanzó un horrible chillido, a la vez que se llevaba ambas manos al pecho. Frente al grupo, un automóvil arrancó de pronto a toda velocidad.

Milton saltó hacia el coche policial.

—¡Atiendan a ese hombre! —gritó a sus subordinados.

Abrió la portezuela, pero, en el mismo instante, se quedó petrificado.

El coche en que habían llegado tenía dos ruedas completamente deshinchadas. Lleno de furor, miró hacia la salida de la calle, por donde se alejaba el otro vehículo y en el que viajaba, el autor del disparo. El automóvil dobló una esquina casi con dos ruedas en el aire y se perdió de vista en unos instantes.

Milton, sin embargo, había podido tomar la matrícula. Sin embargo, no se hacía muchas ilusiones. O el coche era robado para la ocasión o la matrícula era falsa. Dio media vuelta y acercó a sus hombres.

Phelps yacía en el suelo, espantosamente pálido. Un torrente de sangre manaba de su pecho. El policía que le, atendía meneó la cabeza.

—No tiene ni treinta segundos de vida, señor —informó.

—¿Cómo lo sabe, Barston?

—Cuando era un mozalbete, solía acompañar a mi padre a cazar jabalíes. A Phelps le dispararon una posta especial para esa clase de piezas, señor.

El otro policía estaba usando la radio del coche para pedir una ambulancia. Milton contuvo una maldición, al sentirse completamente frustrado.

* * *

—Creo que tú no podías prever lo que iba a suceder —dijo Claudia aquella noche,

—Lo sé, pero a pesar de todo...

—Te sientes disgustado y es lógico. Pero, según me has contado, Phelps se mostró tranquilo en todo momento.

—Absolutamente tranquilo. Sabía que no podíamos hacerle nada o, por lo menos, gran cosa. Si él hubiera sospechado que podía sucederle algo malo, habría aparecido muy nervioso; hubiera protestado o nos habría pedido protección. Pero no hizo nada de eso. No se mostró

demasiado sorprendido, lo cual significa que se esperaba una visita de la Policía. Pero tampoco se portó cínicamente, burlándose de nosotros, como sucede en ocasiones. Su actitud fue perfectamente normal en todo momento. Y eso es lo que nos engañó.

—¿Qué fue del asesino?

Milton hizo un gesto significativo con la mano.

—Se evaporó, junto con su cómplice, que era quien conducía el auto —respondió—. Hace poco hemos encontrado el coche; era robado. Pero nadie recuerda haber visto a dos hombres efectuar el cambio de automóvil en aquel lugar.

—Tal vez uno se apeó antes y montó en otro coche. El cómplice siguió y...

—Es posible, pero no hemos hallado el menor rastro de ambos.

Claudia puso los codos encima de la mesa y apoyó el mentón en las manos entrelazadas.

—Brian, ¿por qué lo asesinaron? Si no parecía una pieza importante en la maquinaria...

—Quizá sí lo era.

—¿Lo crees así?

—El inspector Dobbles y yo hemos discutido largamente la situación y hemos llegado a una conclusión: la banda de ladrones, contrabandistas y transformistas de joyas tiene un cerebro, como es lógico. Phelps conocía al cerebro.

—Pero Phelps hubiera callado...

—No es tan seguro. Podía verse mezclado en los asesinatos de Genn y de la Sheck. Era hombre listo y sabía que ello le costaría muchos años de cárcel. En consecuencia, habría «cantado».

—Y el cerebro de la banda sospechó que podía hacerlo y dio orden de eliminarlo.

—Exactamente.

—Surge un problema, sin embargo. ¿Cómo pudieron actuar con tanta oportunidad?

—Son gente lista y sin duda sabían ya que habíamos hecho pesquisas en el Banco. Quizá fueron a su casa, pero estábamos nosotros, por lo que decidieron hacerlo en la calle.

—A propósito, ¿preguntaste a Phelps qué había en la caja?

—No. Había que interrogarle en el Yard. Pero, sea lo que sea, lo tienen ellos y es posible que no lo encontremos jamás —respondió Milton desanimadamente.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Claudia sonrió.

—¿Una copita de oporto, Brian?

—Sí, gracias. ¿Cómo sigue sir Lionel?

—Aún se siente muy cansado. Está acostado por orden de su médico personal. Pronto se sentirá en condiciones de volver a la vida normal.

Pese a sus años, es persona robusta y de excelente salud.

—Salúdale en mi nombre cuando lo veas.

—Está muy agradecido por lo que hiciste. Dice que quiere recompensártelo...

Milton alzó una mano, a la vez que sonreía.

—Esta cena es mi recompensa —declaró jovialmente.

CAPITULO VII

—Creo que podemos estar tranquilos —dijo Shane Parr, mientras contemplaba al trasluz el líquido contenido en la copa que tenía en la mano.

—Yo no estoy muy seguro —rezongó Pennington.

—Shane tiene razón, podemos estar tranquilos —intervino Linda.

—A pesar de todo...

—Arthur, seamos razonables —dijo Parr—, La chica nos engañó, hay que admitirlo. No cabe duda de que conocía al viejo y que no se dejó engañar por nuestra comedia. Fue muy astuta al disimular y fingiendo luego una indisposición para llevarse a sir Lionel. Pero las cosas no le salieron tan bien como creía.

—¿Lo piensas así, Shane? —preguntó Pennington.

—Estoy totalmente persuadido —respondió el interpelado—. A ella tampoco le dieron buen resultado sus propósitos, aunque cuando llegó a la habitación del viejo, éste se había marchado ya, saltando sin duda por la ventana. No sé cómo lo haría, pero tengo la impresión de que supo recobrarse en parte de los efectos de la droga. Ahora bien, una vez en el suelo, y precisamente por esos mismos efectos, perdió el sentido de la orientación y se encaminó hacia el acantilado.

—Y desde allí saltó al mar —terció Linda.

—Justamente.

—¿Y la chica?

—Cuando vio que el viejo no estaba, salió arreando con ¡ su coche. En la curva, perdió el control y el «Mini» se precipitó al vacío. Ella saldría fuera, antes o durante la caída, y el mar ha arrastrado su cuerpo. Hemos visto el coche, ¿no?

—Todo eso es muy cierto, pero, ¿qué me dices de Fuller?. También ha desaparecido y no hay de él ningún rastro.

—Le tocaba el turno de vigilancia. Quizá vio salir al viejo y corrió tras él. Sir Lionel estaría con la mente trastornada y lucharon... y cayeron al mar.

—Creo que podemos estar tranquilos. Además, el asunto puede seguir perfectamente en las actuales condiciones —dijo Linda—. Ha sido como fabricar un automóvil. No todo el mundo puede hacerlo, claro, pero la inmensa mayoría sí puede ponerlo en marcha cuando está completo y con el tanque lleno de gasolina. Eso es lo que sucede actualmente.

El trío se hallaba en una estancia de Norrelson Hall. De pronto, se encendió una lámpara roja en una de las paredes.

—Una llamada —dijo Parr—. Yo la atenderé.

Salió de la habitación y volvió a los pocos momentos.

—Mañana llegará una remesa, a la hora acostumbrada —informó.
—Está bien —dijo Pennington—. ¿Qué hay del asunto Blake-Mills?
—Lo sabremos cuando llegue Kenaway —respondió Parr.

* * *

El anciano tendió una mano y sonrió.

—Siéntese, señor Milton —invitó.

—Brian, señor, por favor —contestó el joven.

—Muy bien, Brian —dijo sir Lionel—. Ahora me encuentro mucho mejor, como puede apreciar. Incluso diría que estoy en condiciones de jugar nueve hoyos al golf. Dieciocho serían demasiados, claro, pero...

Sir Lionel estudió durante unos segundos a su interlocutor.

—Brian, tiene usted todo lo que yo querría tener ahora —continuó—. Es joven, apuesto, emprendedor... ¿Se encuentra a gusto en el Yard?

—Sí, señor.

—Tiene un título universitario. ¿No ha cambiado nunca de modo de pensar con respecto a su profesión?

—¿A qué se refiere, sir Lionel?

—Bueno, yo lo decía por mejorar... El sueldo de un policía es muy modesto...

. —Me parece que gano más actualmente que lo que podría ganar como abogado —respondió el joven con acento de buen humor—. Sinceramente, creo que me moriría de hambre.

—Tal vez, si ejerciese privadamente, esto es, con bufete propio. Pero un abogado puede ser empleado también y conseguir buenos ingresos, como consejero legal y financiero, por ejemplo.

—Sí, conozco algunos casos, aunque no sé a qué quiere referirse, señor.

Sir Lionel se recostó en el sillón en que estaba sentado.

—Yo necesito un hombre de sus características —declaró—, Es decir, un secretario de toda confianza, que se ocupase exclusivamente de mis asuntos y me descargase a mí de todas las preocupaciones. ¿Qué me contesta?

Milton se sentía perplejo. Sir Lionel le había llamado, pero no se había imaginado en absoluto que el anciano iba a hacerle una proposición semejante.

—Tendría que pensármelo —respondió cautelosamente—. En estos momentos, no me siento capaz de darle una respuesta definitiva.

—Piénselo cuanto guste, muchacho. Usted es honesto, emprendedor, inteligente; yo le concedería plena iniciativa para dirigir mis asuntos y sé que lo haría a la perfección.

—Gracias, sir Lionel, pero, ¿dónde está su secretario? Puesto que quiere ofrecerme el empleo, es de suponer que tenía uno y lo dejó.

—Es cierto —concedió el anciano—. Tenía un secretario y me traicionó. Él fue quien me hizo viajar a Norrelson Hall, aun a sabiendas de que, en este tiempo, el clima no me conviene. Estaba en connivencia con esa cuadrilla de asesinos, ¿sabe?

—¿Era alguno de los hombres que fingían filmar una película?

—No estaba ya allí. Le pagaron una importante suma y se marchó al continente. Incluso cambió de personalidad, con pasaporte falso, así que no sé siquiera como se llama en la actualidad. Pero si pudiera ponerle la mano encima...

Sir Lionel abrió y cerró las manos con gesto colérico.

—Hacía casi diez años que estaba conmigo y hubiese sido capaz de andar sobre brasas, por jurar fidelidad. —Sonrió amargamente—. Ya ve, hasta el empleado más leal puede abandonarle a uno, cuando le enseñan un buen fajo de billetes.

—Eso entra en la naturaleza humana, señor —dijo Milton filosóficamente.

—Pero con usted no sucedería, Brian. Bien, piénselo y deme una respuesta, sin prisas, naturalmente.

—De acuerdo. Una pregunta, sir Lionel, por favor.

—Claro, muchacho, lo que quiera.

—Usted escapó de Norrelson Hall gracias a la resuelta actitud de Claudia. ¿No teme que esos forajidos le encuentren aquí?

—En primer lugar, y según me ha contado esa chica tan valerosa, me creen muerto, y a ella también, seguramente, porque habrán visto el «Mini» en el fondo del acantilado. Y, en segundo, esta casa resulta desconocida para ellos. No saben que la poseo, aunque no es la que utilizo habitualmente como residencia en Londres.

—Entonces, me quedo tranquilo —sonrió el joven—. Le prometo estudiar su proposición y le doy las gracias más sinceras por su oferta.

—Yo soy quien debe estarle agradecido a usted, Brian.

Milton abandonó el cuarto donde el anciano se reponía y descendió al salón. Claudia le ofreció una taza de té.

—Una conversación muy interesante, supongo —sonrió.

—No te quepa la menor duda. Me ha ofrecido el puesto de secretario.

—¿Has aceptado? —preguntó ella, con leve alzamiento de cejas.

—De momento, he dicho que debo estudiar su proposición. Pero creo que no la aceptaré.

—Te gusta tu profesión, ¿verdad?

—¿Te disgusta a ti?

—A raí, lo que me agrada de un hombre es que sepa ser él mismo y siempre fie! a su propia personalidad —contestó la muchacha.

: —Comprendo. Gracias. Claudia.

—No dejes de ser siempre honesto contigo mismo. Brian. —Eres una

mujer extraordinaria, Claudia. Me pregunto qué pensaste al verte camino de Norrelson Hall, sin que ellos supieran que te llevaban precisamente a la casa de tu abuelo. Ella rió suavemente.

—Todavía no saben que soy su nieta —contestó.

* * *

Shane Parr extendió un papel sobre la mesa y dejó que el recién llegado estudiase durante unos minutos el plano allí dibujado.

Al cabo de un rato. Cecil Kenaway levantó la vista y se encaró con Parr. Pennington y Linda Cox asistían también a la reunión.

—Supongamos que lo hago —dijo Kenaway—. ¿Cuánto?

—Veinticinco mil —respondió Parr.

Calmosamente, Kenaway dobló el plano y se lo tendió a su autor.

—Olvídalo, Shane —dijo.

—Cecil, tienes que enterarte de varias cosas —sonrió Parr amablemente—. En primer lugar, y como ya te hemos dicho, el botín no será inferior a ciento cincuenta mil libras.

—¡Y queréis pagarme solamente la sexta parte! —barbotó Kenaway coléricamente—. ¿Me has tomado por tonto? ¿Con quién crees que estás hablando, eh?

—Con el «rey» de los dedos finos —contestó Parr sin inmutarse—. Nadie como tú para abrir una caja de caudales, sin conocer la combinación. Por eso te hemos llamado, «Dedos Mágicos».

—Lo sé, lo sé, pero quiero la mitad o nada.

—Cecil, Harry Monkton o Isaac Rosenblum, los dos «peristas» más acreditados de Londres, te pagarían sólo diez mil por ese lote de joyas, en el mejor de los casos, y tú lo sabes muy bien. Te ofrecemos el doscientos cincuenta por cien... ¿y aún te quejas?

—Podría venderlas poco a poco, por mí cuenta...

—Eso no es cierto, no nos vengas con historias fantásticas, Cecil. Pero, además, y a estas horas, ya no tienes otro remedio que dar el golpe.

Pennington levantó una mano.

—¿Se me permite intervenir? —preguntó.

—Claro —aceptó Parr.

—Cecil, la cifra máxima es de treinta mil —dijo Pennington.

—Y tienes que aceptarla —añadió Linda.

—¿Por qué? —preguntó Kenaway, sorprendido.

—Muy sencillo: has visto el plano. Y esto es algo que nos ha costado mucho tiempo.

—No podemos consentir que lo repitas a otro o que intentes robar las joyas por tu cuenta —dijo Pennington plácidamente.

—Treinta mil o... —Linda se pasó gráficamente el índice por el cuello.

—Esto es una encerrona —Se quejó Kenaway—, Si lo llevo a saber, no vengo...

—Aceptaste desde un principio —dijo Parr—. Vamos, Cecil, no te hagas el estrecho. Sabes demasiado bien que la quinta parte de ciento cincuenta mil es, por lo menos, tres veces más de lo que te daría un buen «perista». Y si fueses a uno de segunda fila, no sacarías ni para los guantes que usarás, a fin de no dejar huellas dactilares.

—Está bien —se resignó Kenaway—. ¿Cuándo?

—El próximo fin de semana. La casa estará desierta, aunque conectados los sistemas de alarma. Pero en el plano están indicados con todo detalle, de modo que no te costará mucho desconectarlos. El resto será fácil.

—¿Y después?

—Alguien te esperará en un coche, a quinientos metros al sur de la mansión. Tú pasarás y lanzarás el paquete con las joyas. Nosotros las comprobaremos y a Ja semana siguiente podrás venir aquí y cobrar las treinta mil.

Kenaway movió la cabeza.

—Ni hablar —contestó.

Parr se enfureció.

—Cecil, ¿qué diablos quieres ahora?

El ladrón alargó la mano.

—Para abrir boca, diez mil —pidió.

—Pero eso es anticipar algo sobre una operación que aún no se ha realizado —objetó Linda.

—Por eso mismo —contestó Kenaway impertérrito—. Si algo fracasa, yo cargaré con todas las culpas. Ahora bien, si tengo diez mil libras, podré pagar a un buen abogado, cosa que no sucedería si me atrapasen con los bolsillos vacíos. Es una especie de seguro contra... imprevistos, ¿estamos?

Hubo un momento de silencio. Al fin, Pennington hizo un movimiento con la cabeza.

—Está bien, dale el dinero, Shane —accedió.

—De acuerdo. Pero... —Parr apuntó con el índice a Kenaway—. Cierra el pico bien. Podría costarte muy caro no saber ser discreto, ¿entendido?

Kenaway sonrió desdeñosamente.

—Hasta ahora, nadie ha tenido que quejarse de mis «indiscreciones» —repuso.

—Que siga como hasta ahora —aconsejó Parr con ominoso acento.

CAPITULO VIII

—Han tenido que ser ellos, no puede tratarse de otra banda —dijo el inspector Dobbles, a la vez que golpeaba la mesa con el puño—. Ellos, los de la maldita banda de Norrelson Hall.

—Pero el sello de la operación parece el de un gran experto en la materia, señor —alegó Milton.

—Oh, sí, claro —replicó Dobbles sarcásticamente—. Siempre lo hace un experto. Pero las joyas se han evaporado sin dejar el menor rastro.

—Los «peristas»...

—Nadie sabe nada. Y esta vez la cosa va en serio. Nuestros confidentes ya nos habrían informado de la menor pista y están tan desorientados como nosotros.

—¿Hay algún sospechoso? Aparte de los de Norrelson Hall!, claro.

—Uno, Cecil Kenaway, pero ha podido probar una coartada. Falsa, me imagino, aunque no podemos demostrarle que lo sea. Hemos registrado su casa a fondo y no hemos encontrado una joya ni siquiera de un quinto de quilate!

—¿Qué sospecha usted, señor?

—Lo más simple y, probablemente, también lo más seguro: las joyas están en Norrelson Hall!.

—Lo más probable es que hayan volado al continente —apuntó Milton.

Dobbles hizo una mueca.

—No sé cómo vamos a poder atraparles —confesó—. Claro que ahora podríamos arrestarles a todos, pero carecemos de unas pruebas que puedan resistir los ataques del defensor. Sería tanto como espantar a una bandada de codornices por cazar una sola.

—Con su permiso, inspector —dijo el joven—. Tengo la impresión de que la clave de todo, o por lo menos, de casi todo, está en los documentos que Nelly Sheck guardaba en su caja de alquiler. No se asesina a una mujer sólo por unas cuantas joyas, quizá de bisutería, o unos recuerdos de familia, que sólo podían tener valor para la interesada.

Dobbles miró fijamente a su subordinado.

—Continúe, Brian —indicó.

—Naturalmente, me refiero a esa banda. Nelly era un asunto de importancia para ellos y por eso pusieron la dinamita en su coche. Por tanto, deduzco que se trataba de documentos muy interesantes para ellos.

—Si les comprometían, los han quemado.

—No es seguro, señor. Tal vez comprometían también a otras

personas. Presiento que, aparte del jefe, hay gente importante mezclada en este asunto. Alguno habrá querido dejarlo, pero esos documentos se lo impedirán.

—Es posible que tenga razón, Brian —convino Dobbles—. Y, en tal caso, ¿cuál es su proposición?

—Ir a Norrelson Hall de nuevo, señor.

Dobblesladeó un poco la cabeza.

—¿Volver otra vez allí?

—Sí, señor.

—Es arriesgado.

—Lo sé.

—Además, si le sorprendieran, ¿cómo justificaría su presencia en la casa?

—Hay dos soluciones, jefe. Una de ellas es entrar sin que lo sepan.

—¡Hum! —Gruñó el inspector—. No es un procedimiento muy ortodoxo que digamos.

—Bueno, si tengo éxito, no tocaré nada; me limitaré solamente a localizar los documentos. Entonces, con una orden judicial, podré llevármelos.

—¿Y si le sorprenden?

—Arriesgaré el cargo, señor. Diré que he obrado por mi cuenta... sobre todo si usted me concede una semana de vacaciones por... por fatiga psicósomática.

—¡No emplee palabrejas! —rezongó Dobbles.

—Pero, incluso hay también otra solución.

—¿Cuál, Brian?

—Ir allí acompañado de Claudia Spencer.

* * *

—Por supuesto, si tú quieres —dijo Milton aquella noche, mientras cenaban en un discreto restaurante.

Claudia sonrió.

—La aventura se presenta fascinante —contestó—. Por favor, explícame los pros y los contras.

—En primer lugar, te contrataron para desempeñar una comedia, ignorando que eras la nieta de sir Lionel. Por cierto, yo también ignoro por qué no te relacionabas con él.

—Desaprobaba mi profesión, Brian.

—¿Es posible? —Milton abrió la boca, estupefacto—. Pues, ¿qué demonios alegaba para que no le gustase que trabajaras en el cine?

—Bueno, es algo anticuado y piensa que una artista de cine es, además, otras cosas nada honestas. Aparte de eso, le disgustaba que la heredera del título hiciese un trabajo indigno de su estirpe.

—Y tú le desobedeciste...

—Me gustaba, Brian.

—Todavía hay tipos anticuados, aunque, en otro aspecto, es un tipo verdaderamente agradable. ¿Qué sucedió cuando le comunicaste tu decisión?

—Como no le gustó, me marché de casa. Hace tres años, así de sencillo.

De pronto, Milton se echó a reír.

—Es increíble. Quisieron desempeñar la comedia de una nieta imaginaria y resulta que encontraron a la auténtica —exclamó—. Me gustaría conocer una explicación para este enigma.

—Bueno, sabiendo los antecedentes, no resulta difícil —contestó la muchacha—. En primer lugar, al dedicarme al cine, adopté el apellido de mi madre, Spencer: al menos, no quería molestar a mi abuelo en este aspecto, continuando con el apellido Crawmile. Y, en segundo, buscaban una joven más o menos parecida a los retratos que tenían' y me encontraron a mí... con el pelo mucho más claro de lo que realmente tengo.

—Por exigencias de la profesión.

—Últimamente, casi siempre tenía que sustituir a artistas muy rubias. Decidí teñirme el pelo, para evitar la molestia de una peluca.

—O sea, el pelo es de color...

—Castaño oscuro. A mí me gusta, pero tenía que ganarme la vida, Brian.

—Una pregunta, Claudia. ¿Sigue agradándote la profesión?

Ella dudó un momento.

—Bueno —dijo al cabo—, me parece que no llegaré a ser nunca una artista de primerísimo cartel. Soy realista y tengo plena consciencia de mis limitaciones. Puede que ahora lo deje y para siempre.

—Si no tienes fe en ese futuro, sí, es mejor que lo dejes —convino Milton—. Bien, volvamos a lo de antes. ¿Qué te parece el viaje a Norrelson Hall?

—Acepto encantada —dijo ella.

—Puede resultar arriesgado.

—Conozco bien la casa. Necesitas un guía.

—Entonces, ¿estás resuelta?

—Absolutamente, Brian. ¿Cuándo partimos?

—Hablaré mañana con el inspector. Lo más probable es que venga a buscarte al día siguiente, por la mañana, muy temprano.

—Me tendrás dispuesta, Brian —aseguró la joven.

—Una última pregunta, encanto. ¿Sabes si hay una caja fuerte en Norrelson Hall?

—Sí, y conozco el lugar donde está —respondió Claudia.

Mark Marryl recibió al visitante y le hizo pasar a la sala principal. Ardía un buen fuego en la chimenea y Kenaway se quitó los guantes, para poner las manos ante las llamas.

—Voy a avisarlos, Cecil —dijo Marryl.

—Está bien.

Kenaway se frotó las manos primero y luego se quitó el chaquetón. A continuación, fue a un aparador, en donde había varias botellas. Eligió una, se sirvió una generosa dosis y paladeó el licor con aire de satisfacción.

Parr entró a los pocos minutos.

—Hola —saludó.

—¿Qué tal? —Sonrió el ladrón—, ¿Todo bien?

—Perfecto.

Parr tiró un paquete por encima de la mesa.

—Cuenta el dinero —indicó.

—No es necesario, Shane.

—¿Confías en nosotros?

—Si trataseis de engañarme, la Policía estaría aquí antes de veinticuatro horas —contestó Kenaway apaciblemente—. En cuanto se conoció la noticia del robo, fueron a buscarme como locos. Yo estaba prevenido y pude presentar una coartada.

—Eres listo, Cecil.

—Por eso sobrevivo —rió el sujeto.

—Pero nosotros podríamos denunciarte...

—La coartada, Shane.

Parr suspiró.

—Tal vez la chica que te apoyó...

—Ni lo sueñes; no tiene ganas de ir a la cárcel por un montón de años —contestó el ladrón.

—En resumen, has amarrado bien los cabos.

—Puedes figurártelo. ¿Cuándo me encargáis otro «trabajito»?

—Descuida, ya te avisaremos. ¿Otra copa?

—Claro.

Parr se acercó al aparador y cogió una botella. Cuando iba a destaparla, Kenaway se puso a su lado y eligió otra distinta.

—Este whisky es mejor —alegó Parr.

—Perdona, pero antes bebí de éste y no quiero cambiar de sabor..

Los dos hombres se miraron unos instantes fijamente. De pronto, Parr se echó a reír.

— Eres desconfiado, Cecil.

—Ahora que ya tengo el dinero, sí, Shane.

Kenaway volvió a llenar su copa y la vació de un par de tragos.

—Bueno, terminado el asunto me largo. A pesar de todo, |sigo siendo amigo vuestro —dijo, mientras empezaba a ponerse el

chaquetón.

—Nos sentimos muy honrados con tu aprecio —contestó Parr.

—Adiós —dijo el otro lacónicamente.

Caminó hacia la salida, poniéndose los guantes. Al abrir :a puerta, vio a un hombre que echaba a correr, alejándose de su coche.

Kenaway frunció el ceño, aunque no dijo nada. Entró en el coche, accionó la llave de contacto y respiró aliviado al oír el suave ronroneo del motor.

A pesar de todo, seguía sin fiarse. Arrancó y se alejó de la casa, rodando a marcha moderada durante un par de kilómetros. Rodeó una loma y, al volverse, vio que la casa quedaba fuera de su campo visual.

Por tanto, ellos tampoco le veían a él. Detuvo el coche, se apeó y levantó la tapa del motor.

Instantáneamente lanzó una horrible exclamación.

—¡Cerdos piojosos! ¡Bastardos asquerosos!

Apresuradamente, sacó una navajita del bolsillo y cortó los cables que unían el paquete sospechoso al reloj sujeto a un sector de la chapa por medio de cintas adhesivas.

Respiró aliviado.

—Me he librado de una buena —masculó—. Medio minuto más y...

En aquel momento oyó una voz a sus espaldas:

—¿Necesita ayuda, Kenaway?

CAPITULO IX

Milton detuvo el coche fuera del camino, al otro lado de una tapia relativamente elevada. Había también unos arbustos, lo suficientemente altos y espesos para ocultar el coche a las miradas de cualquier viajero que pudiera pasar por aquel lugar.

—¿Por qué te paras aquí? —preguntó Claudia.

Milton consultó su reloj.

—Son las cuatro de la tarde. Antes de una hora, será de noche. Quiero echar un vistazo a la casa desde esa loma —explicó.

Sacó los prismáticos y echó a andar. Ella se puso a su altura. Los dos llevaban ropas de abrigo. Soplaban una fuerte brisa y, en ocasiones, parecía estar cargada de cuchillos de hielo. También lloviznaba intermitentemente; de no haber estado tan cerca del mar, el agua se habría convertido en nieve, calculó el joven.

La distancia no era mucho mayor de cien metros. Milton se arrodilló detrás de una raquílica mata de brezo y enfocó los prismáticos hacia la casa.

—Sale un coche —anunció—. Toma, mira a ver si lo reconoces.

Claudia se llevó los prismáticos a los ojos.

—No —contestó muy pronto—. No sé de quién pueda ser ese coche.

Lanzó una mirada a su alrededor. Estaban prácticamente en el mismo sitio en que Genn se había despeñado en su coche y el de Claudia había seguido la misma suerte, aunque, por fortuna, vacío.

—Procura no dejarte ver —aconsejó.

El automóvil se acercaba rápidamente. Acometió la curva que contorneaba la lomita y se acercó a la siguiente, la más próxima al acantilado. Entonces, inesperadamente, se detuvo y su ocupante saltó fuera.

Milton y Claudia le vieron levantar la tapa del motor y hacer algo que no podían apreciar, dado que le tenían de espaldas. Pero sí le oyeron una serie de gruesas palabrotas, con las que, sin duda, expresaba su enojo por algo que no le gustaba.

De pronto, Milton echó a correr ladera abajo. Claudia le siguió, aunque muy rezagada. Cuando se acercaba al coche parado, Milton reconoció a su furioso ocupante.

—¿Necesita ayuda, Kenaway? —preguntó.

La sorpresa del sujeto fue total. Giró en redondo y se encaró con el joven.

—Sargento Milton...

—El mismo. Kenaway, ¿qué está haciendo aquí?

—Nada —contestó el ladrón, ocultando las manos a la espalda.

Milton frunció el ceño. Bruscamente, alargó la mano derecha,

agarró el brazo del sujeto y lo hizo girar en redondo. Entonces vio algo que le puso los pelos de punta.

—¡Una bomba de relojería! —exclamó.

—Así es —rezongó Kenaway—. Me la pusieron esos bastardos de Norrelson Hall...

Milton adivinó en unos segundos lo que había sucedido. Actuando con rapidez, quitó el reloj que debía hacer detonar el explosivo y que Kenaway había separado de su emplazamiento, dejándolo a un lado. Luego sacó las esposas y unió las muñecas de Kenaway. Claudia contemplaba las operaciones a muy corta distancia, aunque sin intervenir en absoluto.

—¡Eh, usted no puede hacer eso! —protestó Kenaway.

—Sí que puedo hacerlo, y más cosas todavía —contestó el joven severamente—. Sobre todo, con el autor del robo de joyas a los Blake-Mills.

—No sé nada del asunto...

—Oh, vamos, vamos, Kenaway, ¿a quién tratas de engañar?

Milton abrió la portezuela del coche y cogió el paquete que había en el asiento contiguo al del conductor. Rasgó el papel de la envoltura y encontró una bien cortada pila de recortes de periódicos.

Sonriendo, puso los inútiles papeles bajo las narices del ladrón.

—Té contrataron para robar esas joyas y mira cómo te' pagan —dijo —, ¿Cómo pudiste ser tan confiado?

Kenaway prorrumpió en maldiciones de toda clase, hasta que se calló por falta de aliento. Mientras, Milton elaboraba un plan mentalmente. La inesperada presencia de Kenaway, pensó, podía resultar un factor muy favorable en la operación que pensaban emprender en Norrelson Hall.

—Pero si me pusieron una bomba... Podía perder miles de libras —dijo luego Kenaway con acento quejumbroso.

—Por eso sustituyeron los billetes por recortes de periódicos —sonrió Milton—. Muy bien, «Dedos Mágicos», vamos a hacer un pacto.

—Hable —pidió le ladrón ávidamente.

Milton movió la cabeza hacia la casa.

—Esa chica y yo queremos entrar esta noche en Norrelson Hall. Ella sabe dónde está la caja fuerte, pero desconoce la combinación. Tú puedes abrirla. A cambio de eso, olvidaré que te he visto. ¿Qué me contestas?

—Aunque sólo sea por devolverles la pelota... lo haría, incluso pagando dinero... Bueno, pero si abro la caja, me permitirán llevarme un buen fajo de billetes, ¿eh?

—Ni lo sueñes. De todas formas ella y yo vamos a entrar y abriremos la caja como sea. Bastante tienes con salir limpio de este asunto.

Kenaway hizo rechinar los dientes de rabia, pero acabó por resignarse.

—Está bien —accedió finalmente—. Pero le veo un inconveniente.

—¿Cuál, por favor?

—Ellos esperan oír la explosión. Si no es así, pueden recelar...

—Oh, eso tiene fácil arreglo. Conectaremos el explosivo nuevamente al reloj.

—¡Es mi coche! —chilló Kenaway.

—Mejor es que vuele estando tú fuera que dentro, me parece.

—Usted es un funcionario del Yard. No puede obrar ilegalmente...

—Si te dejo ir luego, ¿a quién te quejarás? —rió Milton.

Ajustó el reloj y empalmó los cables nuevamente. Luego se sentó tras el volante y, sin dar el contacto, hizo que el coche se deslizase suavemente por el camino, hasta salir fuera, a la pendiente que conducía al acantilado.

Saltó al suelo y retrocedió hasta situarse a cubierto, tras la tapia de piedras en que ya estaban Claudia y Kenaway. Treinta segundos más tarde, se produjo la explosión.

Fue relativamente poco potente, pero el chorro de gases deflagrados fue dirigido rectamente al puesto del conductor.

—No te habrías salvado, Kenaway —dijo Milton, a la vez que se levantaba.

El coche, bastante destrozado, conservaba casi intacta la parte inferior de la carrocería y ardía en pompa, despidiendo gran humareda. Milton corrió hacia él y lo empujó con los pies, hasta hacerlo rodar hacia el acantilado.

A continuación volvió hacia la tapia y agarró a Kenaway por un brazo.

—Vamos a escondernos —dijo—. Alguien vendrá de Norrelson Hall a comprobar el buen éxito de la trampa. No conviene que nos vean.

—Sí, pero, ¿qué haremos después? —preguntó Claudia.

—Tú volverás a Barthane y comprarás bocadillos y traerás un termo lleno de café caliente. Kenaway y yo aguardaremos aquí. Tendremos que permanecer en este sitio hasta pasada la media noche.

—Nos vamos a helar de frío —se quejó el ladrón.

—Nadie se hiela de calor —contestó Milton burlonamente.

Cinco minutos después, apareció un coche. Mark Marryl se apeó, corrió hacia el acantilado, se asomó unos instantes y luego, sonriendo satisfecho, regresó al automóvil y emprendió la vuelta a Norrelson Hall.

—Quizá se extrañen de que haya tardado tanto la explosión —apuntó Kenaway.

—Es probable, pero saben que se ha producido y eso es lo que les interesa —contestó el joven—. Toda vía sube un poco de humo de la

base del acantilado, pero el coche desaparecerá en cuanto haya un poco de oleaje.

Volvió los ojos hacia Claudia y sonrió.

—Puedes ir cuando quieras a Barthane —añadió.

* * *

En la casa no se observaba el menor resplandor en ninguna de las ventanas. Milton, Claudia y el ladrón se acercaron cautelosamente.

—¿Hay alarmas, Claudia? —preguntó el joven.

—No. Nunca las hubo. ¿Quién querría robar aquí? —contestó ella irónicamente.

—Ahora sí hay motivos para hacerlo. Bien. Kenaway, es tu hora. Recuerda, llevo una pistola en el bolsillo. Tengo autorización del juez para entrar aquí. Siempre diría luego que intentaste atacarme y la señorita Spencer no me contradiría. ¿Lo entiendes ahora?

Kenaway emitió un gruñido.

—Entonces, quíteme las esposas —pidió—. He podido cenar con ellas puestas, pero ahora necesito más libertad de movimientos.

—Muy bien.

Las manos del ladrón quedaron libres. Kenaway demostró cumplidamente que el apodo de «Dedos Mágicos», como se le conocía en la profesión, no era inmerecido. En menos de un minuto, la ventana elegida había quedado abierta y el paso estaba libre.

—Ahora yo iré delante —dijo Claudia—. Conozco la casa y sé dónde está la caja fuerte. Dame la linterna, Brian.

Milton obedeció, aunque, por precaución, sacó la pistola. Claudia echó a andar y los dos hombres la siguieron, Milton con la mano izquierda aferrada al brazo derecho del ladrón.

La muchacha alcanzó el vestíbulo, tenuemente iluminado por una sola lámpara. Apagó la suya y señaló una puerta situada en la pared opuesta.

—Allí —dijo.

Cruzaron el vestíbulo en medio de un silencio absoluto. Claudia abrió y entró en un gran gabinete de trabajo, que era también biblioteca, severamente amueblado. Sin embargo, ¡os estantes aparecían prácticamente vacíos de libros.

Ella se acercó a una estantería que se hallaba situada entre dos de las ventanas. Antes de hacer nada, se volvió hacia el joven.

—Brian, corre las cortinas; hay que encender la luz.

—Muy bien.

Claudia dejó la linterna a un lado. Luego se situó junto a la estantería y la empujó con ambas manos. El mueble se deslizó silenciosamente sobre unas ruedas engrasadas, totalmente invisibles, dejando al descubierto la brillante superficie de una caja de caudales

de dimensiones desusadas.

—Esta no es la que yo conocía —se sorprendió Claudia.

—La habrán cambiado por otra mayor dado el volumen de sus negocios —rió Milton—. ¿Eh, qué es esto que hay aquí? —exclamó súbitamente.

En ja pared, junto a la caja fuerte, se veía un panel de distinto color y del tamaño aproximado de una puerta. Claudia mostró igualmente su extrañeza.

—No sé qué pueda ser —contestó—. Desde que dejé a sir Lionel, se han cambiado aquí muchas cosas.

Kenaway emitió un gruñido.

—Bueno, no hemos venido aquí para curiosear, me parece —dijo—, ¿Empiezo o...?

Milton le soltó.

—Recuerda el trato —murmuró—. Y ten presente que ellos están implicados también en unos asesinatos. A los que se demuestre han sido sus cómplices les va a costar muy caro.

—Lo único que quiero es abrir esa maldita «lata» y largarme de aquí cuanto antes —refunfuñó Kenaway.

Se echó un poco de aliento en las yemas de los dedos, luego las frotó contra las solapas de su chaquetón y, finalmente, empezó a hacer girar el disco de la combinación, a la vez que aplicaba el oído al frío metal de la puerta.

De pronto, Milton, obedeciendo a un impulso instintivo, puso las manos en el panel de distinto color y empujó. Era una puerta y cedió sin dificultad. Al girar, se encendieron automáticamente varias lámparas de gran potencia en la habitación que había al otro lado.

La puerta había sido construida en un muro de carga, de casi un metro de espesor, por lo que tenía el aspecto de un pequeño túnel. Milton avanzó unos pasos y se encontró con un espectáculo absolutamente insospechado.

—¡Por todos los...! Claudia, ¿has visto alguna vez nada igual? —exclamó.

CAPITULO X

Claudia no se sentía menos atónita que el joven.

—Brian, te juro que no sabía nada de esto —declaró—. Es la primera noticia que tengo...

Milton se acercó a la consola de la emisora de radio, de tipo modernísimo y, según pudo apreciar, de gran alcance. Habría costado un dineral, calculó, pero para sus propietarios debía de haber resultado una inversión altamente rentable.

Con rostro pensativo, se acercó a la consola y paseó las yemas de los dedos por encima. Aquel transmisor, se dijo, no había sido instalado la víspera.

—Estoy segura de que mi abuelo lo ignoraba —dijo Claudia.

Milton asintió. De pronto, se encendió una lámpara en la consola. Oscilaba con rápidas intermitencias y se dio cuenta de que era una señal de llamada.

—Alguien quiere comunicarse con los ocupantes de la casa —dijo.

—¿Vas a contestar tú, Brian? —preguntó ella.

Milton vaciló un momento. De pronto, se decidió, alargó la mano y asió el micrófono, a la vez que oprimía el pulsador de contacto.

—Ya era hora —sonó una voz irritada a través del altoparlante—, Pensaba que os habíais quedado dormidos...

—Estamos despiertos —contestó Milton con voz neutra.

—Pues no lo parece —rezongó el desconocido—. En dónde te habías metido?

—Creo que un hombre tiene derecho de ir de cuando en cuando al lavabo —dijo el joven—. Está bien, ¿qué hay?

—La hora serán las tres cincuenta en punto.

—Perfectamente.

—¿Todos listos?

—Todos listos.

—No esperaremos un minuto más de lo necesario. Debéis estar preparados para embarcar en el acto.

—Entendido.

—Eso es todo. Adiós.

—Adiós.

La comunicación se cortó. Milton devolvió el teléfono a su sitio.

—¿Qué habrán querido decir? —murmuró.

Claudia medito unos instantes. De pronto, recordó algo que había visto unas semanas antes.

—Ya lo tengo, Brian —exclamó—. ¡El avión!

—¿Un avión? —repitió él, estupefacto.

—Claro, ¿no lo recuerdas? Te conté lo que me había sucedido la

noche que pasé aquí... A las cuatro menos diez, aterrizará ese avión y le entregarán algo al piloto, como en la ocasión anterior.

—El razonamiento es perfecto, aunque sólo hasta cierto punto. El hombre que hablaba por radio dijo claramente «todos listos». No habló en singular, como si preguntase por una carga que debe serle entregada, sino que indudablemente se refería a personas. Y si todos deben estar listos, es que piensan abandonar el país, a bordo del avión, con el botín conseguido hasta ahora.

—Sí, creo que tienes razón —contestó ella.

—Saben que las cosas se les han puesto mal y tratan de largarse antes de que se les estropeen definitivamente. Por suerte, nosotros estamos aquí y...

Repentinamente, sonó la voz de Kenaway, trayéndoles a la realidad:

—Eh, esto ya está. ¿Quieren presenciar la apertura o prefieren seguir ahí haciéndose arrumacos?

Milton corrió hacia la otra habitación, seguido de la muchacha.

—No estábamos haciéndonos arrumacos —repuso—, ¿Lo has conseguido?

Kenaway sonreía triunfalmente, con los dedos engarriados en la manija de la puerta.

—No me llaman lo que me llaman por nada —dijo orgullosamente—, Sargento, ¿respetará el pacto?

—Pero no tocarás absolutamente nada de lo que hay aquí dentro.

—He visto coches en el exterior. En cuanto abra, cogeré uno y me largaré sin perder un solo minuto. También soy bueno haciendo «puentes», ¿comprende? Bien, ahora sólo falta decir, como en el cuento, ¡«Ábrete, Sésamo»!

Tiró de la manija y la puerta se abrió de golpe. Entonces, algo brotó con indescriptible potencia del interior de la caja fuerte y se clavó en el pecho del ladrón.

Claudia trastabilló hacia atrás, horrorizada por lo que estaba presenciando. Milton sintió un escalofrío.

La caja estaba protegida por una trampa mortífera: dos cortas varillas de acero, estriadas, seguramente disparadas por un mecanismo de aire comprimido o por una potente ballesta, ya que no se había oído detonación alguna. Las dos varillas, de las que sólo se veían cinco o seis centímetros, estaban clavadas profundamente en el pecho del ladrón.

Kenaway tenía los ojos horriblemente dilatados. Quería decir algo, pero las palabras no salían de su boca, abierta al máximo. Agitó las manos unos segundos y luego giró en redondo. Caminó unos pasos, como si quisiera acercarse a una de las ventanas y, de súbito, se venció hacia adelante.

Milton se dio cuenta de que Claudia estaba a punto de chillar y la

agarró por la cintura con' una mano, a la vez que le tapaba la boca con la otra.

—Mantén la serenidad —dijo—. Ya no se puede hacer nada por Kenaway. Ahora vamos a ver qué encontramos en la caja fuerte.

Soltó a la muchacha, pero ella le agarró por un brazo.

—Ten cuidado, no te vaya a pasar algo parecido —exclamó.

—No te preocupes —contestó él.

Milton se agachó para pasar bajo la puerta abierta y, situándose al otro lado, asomó la cabeza con precaución.

—¡Cielos!' ¡Es el tesoro de Alí Babá y sus Cuarenta Ladrones!

Claudia se asomó también y lo que vio allí la hizo sentir mareos.

—Increíble —dijo.

Milton alargó la mano de pronto y agarró un sobre alargado, que estaba encima de una espesa hilera de fajos de billetes de Banco.

—Creo que esto es lo que andábamos buscando —dijo.

—Si lo buscaban, perdieron el tiempo —sonó inesperadamente la voz de un hombre.

* * *

La lámpara centelleó en la penumbra del dormitorio. Parr, inclinado sobre Linda Cox, lanzó una maldición.

—Ahora, en el mejor momento —masculló.

Ella soltó una risita.

—Hay tiempo para repetir miles de veces este momento —dijo—. Anda, ve, no te entretengas demasiado.

—Que esperen —refunfuñó él, mientras apartaba a un lado las ropas de la cama.

Puesto en pie contempló la espléndida figura de Linda, que se ofrecía a sus ojos sin el menor velo. Linda le guiñó el ojo.

—Habla pronto con él y vuelve en seguida, cariño.

—¡Hum! —Dudó Parr, mientras empezaba a ponerse los pantalones—. Es probable que hoy nos den la orden de levantar el vuelo.

—¿Tú crees?

—Esto empieza a oler a chamusquina, preciosa. Lo mejor será evitar quemarse.

—Sí, es cierto, tienes razón. —Linda se apoyó en un codo para buscar un cigarrillo en la contigua mesilla de noche—. En tal caso, convendría que me lo dijese en seguida, para preparar el equipaje.

—De acuerdo.

Parr se puso un jersey de cuello alto, negro y luego buscó ¡a pistola, que colocó en la pretina del pantalón. Fue hacia la puerta, se volvió, tiró un beso a la mujer y salió corriendo hacia la planta baja.

A mitad de la escalera, oyó voces extrañas. Sacó la pistola y, sin hacer ruido, tiró del cerrojo. Luego reanudó el descenso, de puntillas,

en completo silencio.

Cautelosamente, se asomó a la biblioteca. Inmediatamente, vio el cuerpo de Kenaway, tendido sobre un charco de sangre. La caja estaba abierta y la trampa había funcionado, por lo que sintió una alegría salvaje al ver muerto al ladrón.

Pero había allí dos personas, una de ellas mujer, que le pareció conocida. Al hombre no le había visto hasta entonces.

Parr levantó despacio la pistola. En aquel momento, el hombre extraía un sobre de la caja fuerte.

—Creo que es esto lo que andábamos buscando —exclamó.

—Si lo buscaban, perdieron el tiempo —dijo Parr.

Milton y Claudia volvieron la cabeza al mismo tiempo. Ella lanzó un gemido al ver la pistola en manos de Parr. Milton hizo un movimiento, pero el sujeto alargó la mano.

—Quieto —ordenó—. Si tiene un arma e intenta sacarla,, puede considerarse muerto.

Milton alzó lentamente las manos, sin soltar el sobre. De pronto, Claudia dio un paso hacia adelante.

—Señor Parr, lo sabemos todo —dijo—. Mi pretendido papel en la película no fue sino una comedia. Por si no lo sabía, le presento a Brian Milton, sargento detective.

—De Scotland Yard —añadió el joven.

Parr guardó silencio por el momento. Al cabo de unos segundos, sonrió y dijo:

—La creíamos muerta, señorita Spencer. Pero, si está viva, significa que sir Lionel también está vivo.

—Exactamente. Y aún hay más, algo que ustedes ignoran todavía y que yo callé en aquellos momentos, porque no quería que conocieran la verdad. Ustedes me trajeron aquí, para desempeñar la comedia de la nieta que persuade a su abuelo para que firme unos documentos. Bien, resulta que el parentesco entre abuelo y nieta es auténtico. Sir Lionel era el padre de mi padre. ¿Lo entiende ahora?

Parr atónito, abrió la boca, estupefacto.

—No es posible —dijo.

—Es cierto —corroboró Milton—. Yo mismo he tenido ocasión de comprobarlo.

Inesperadamente, Parr hizo algo sorprendente. Levantó la pistola a lo alto y disparó dos tiros, que resonaron en aquel lugar como oídos tantos cañonazos.

Parr sonrió a continuación:

—Lo hago para llamar la atención a los restantes habitantes de la casa —aclaró.

Pennington, Linda, Marryl y Charley Howe, el supuesto operador de cine, se habían congregado en la biblioteca, junto con Parr y los dos prisioneros. Milton, desprovisto de su pistola, tenía las manos atadas a la espalda, lo mismo que la muchacha. Ambos ocupaban sendas sillas. Milton había sido desposeído de su pistola, aunque no de las esposas. Los secuaces de Pennington habían empleado cordones de cortinas para atarles las manos, lo cual hacía concebir ciertas esperanzas al joven.

—Siento lo que sucede, Brian —se disculpó ella—. Tanto tiempo practicando artes marciales y ahora que tengo ocasión de emplear mis conocimientos, me dejo atar como un pavo en vísperas de Navidad.

—No se puede hacer nada contra una pistola que te encañona a cuatro pasos de distancia. La bala es siempre más rápida —contestó Milton filosóficamente.

El grupo de delincuentes cuchicheaba al fondo. Parecían discutir algo interesante. Milton pensó que tal vez la conversación versaba sobre su suerte y la de Claudia. En cierto modo, era lógico, se dijo.

De pronto, Parr se separó del grupo y entró en el cuarto de la radio. Un cuarto de hora más tarde, volvió a salir.

—Llegará aquí a las tres y cincuenta en punto —anunció.

Pennington consultó su reloj.

—Son la una y veintitrés minutos —dijo—. Tenemos más de dos horas para prepararlo todo. Mark, Charley, traigan las maletas.

—Muy bien —contestaron a dúo los mencionados.

—Yo iré a preparar mi equipaje —dijo Linda.

—No lles más de lo indispensable. Ya tendrás ocasión de comprarte un vestuario completo en...

Parr interrumpió bruscamente a Pennington.

—¡Silencio! No digas adonde pensamos ir —exclamó.

Pennington alzó las cejas. Ya no era el director de cine relamido y empalagosamente exigente, sino un sujeto duro, despiadado, de carácter resuelto y astuto al mismo tiempo.

—¿Por qué no? —contestó—. A fin de cuentas, ellos no lo van a poder repetir a nadie.

Al hablar así, miraba perversamente a los prisioneros. Claudia sintió un escalofrío.

—Nos van a matar —murmuró, aterrada.

—Parece lógico —contestó Milton tranquilamente.

—Pero no pueden hacerte esto... Tú eres un policía...

—He visto y oído demasiadas cosas. No pueden consentir en que las repita delante de un tribunal.

—Justamente, sargento —sonrió Pennington—, Eso es exactamente lo que pensamos.

—Les perseguirán hasta el fin del mundo... —dijo Claudia

acaloradamente.

—En Brasil no hay tratado de extradición, mi querida señorita Spencer. Y hoy día se fabrican aviones que pueden volar sin escalas desde Europa a Río de Janeiro.

—Pennington, ¿cómo piensan hacerlo? —preguntó Milton.

Lanzó una mirada hacia el suelo en donde aún se veían manchas de sangre. El cuerpo de Kenaway había sido arrojado al mar.

—No, a ustedes no les hemos destinado la misma suerte —contestó el falso director de cine—. Cuando nos vayamos, Norrelson Hall arderá hasta los cimientos. Ustedes habrán perecido accidentalmente y nadie nos podrá culpar de su muerte.

CAPITULO XI

Marryl y Howe llegaron con dos maletas de grandes dimensiones, evidentemente reforzada su estructura. Junto a la caja, Linda empezó a sacar los objetos que contenía, arrojándolos a una maleta.

Era un botín incalculable, se dijo Milton. Había numerosos saquitos que, sin duda, contenían piedras preciosas y joyas tal vez aún no transformadas o desguazadas. Asimismo, había cajas de terciopelo negro, planas y alargadas en la mayoría, que también iban a parar a la maleta.

Linda extrajo una caja de madera de cedro, bastante voluminosa y, después de abrirla, mostró burlonamente su contenido a los prisioneros.

—Da gusto echar un vistazo aquí, ¿verdad?

Milton contempló un instante las hileras de valiosos relojes de pulsera, muchos de oro y otros adornados con piedras preciosas.

—Una bonita forma de ahorrar para el futuro —comentó—. Les ha costado mucho tiempo llegar a esto, ¿verdad?

—Bastante, si he de serle sincera. —Linda cerró la tapa de golpe y dejó la caja en la maleta, irguiéndose a continuación—, Formamos una banda bien organizada —se ufanó,

—Y, sobre todo, sin piedad para los que se desvían de lo que ustedes consideran recto camino.

—No podemos permitirnos debilidades, ésta es la verdad —admitió la señora Cox cínicamente.

—Tienen cómplices en el continente, me imagino.

—En efecto. A veces no es necesario desguazar una joya; basta una ligera transformación. Aunque en ocasiones, es cierto, hemos tenido que partir un diamante demasiado voluminoso y que habría sido reconocido fácilmente. Pero por otra parte, no faltan los coleccionistas caprichosos y sin escrúpulos, con dinero, naturalmente, que ambicionan tal o cual joya y saben que no la pueden comprar, porque su dueño no la vendería.

—Y ustedes, adivinó Milton— «adquieren» la joya por nada y la «revenden» al coleccionista caprichoso, quien les paga lo que habría dado al auténtico propietario.

—Y, a veces, más —sonrió Linda—. Los caprichos se pagan, sargento.

—Por fortuna para ustedes, yo no he llegado jamás a la categoría de cliente de su banda. Claro que tampoco se relacionan con pobretones.

Linda le miró penetrantemente.

—Sargento, usted debería ser de los nuestros —dijo—. Por supuesto, ya me imagino que no aceptaría la proposición, pero, a! menos,

déjeme soñar. Sería un buen elemento, se lo aseguro.

—Nunca lo he probado y ahora, supongo, es tarde —res pendió Milton.

Parr emitió de pronto un bufido de disgusto.

—¡Vamos, basta de charla!

—No te enojas, hombre —rió Linda—. Todavía tenemos tiempo...

Llenó una maleta y Marryl la cerró. Luego, Howe abrió la otra y la señora Cox continuó su trabajo.

Mientras tanto, Pennington había salido de la estancia, para volver minutos más tarde con una lata en la mano y dos grandes platos en la otra. A continuación, puso los platos en el suelo, en distintos lugares de la sala, aunque uno de ellos quedó apenas a dos metros de ¡os prisioneros.

Había allí una gran mesa, con dos candelabros de buen tamaño, 'con sus velas correspondientes. Pennington colocó las velas en los platos, tras haber derretido un poco de cera. Las velas, sin embargo, quedaron apagadas.

—Cuando oigamos el ruido del avión, encenderé las velas y llenaré los platos con gasolina —anunció malignamente—. Supongo que son capaces de figurarse el resto.

—Sí, se adivina fácilmente —convino Milton.

—Pondré más platos en distintos lugares de la casa...

—Si lo hace así, se sabrá en seguida que el incendio fue provocado —objetó el joven.

—Bueno, no tendrá demasiada importancia. Ya estaremos lejos —respondió Pennington con espantosa frialdad.

—Sí, muy lejos, y tú en el infierno —se oyó de pronto una voz extraña que sonaba en la puerta,

Pennington se volvió. En el mismo instante, estalló una detonación.

Sonó un pequeño grito. Pennington se llevó las manos al pecho, torció la boca y luego dobló las rodillas.

Mientras caía al suelo, el recién llegado ordenó:

—¡Todo el mundo arriba las manos!

Claudia tenía los ojos fuera de las órbitas,

—¡Abuelo! —exclamó.

* * *

Tendido de bruces en el suelo, Pennington perneaba débilmente. Lanzó un gemido inarticulado, se convulsionó un par de veces y luego se quedó quieto, en medio de un silencio absoluto.

Milton no se sentía menos asombrado que Claudia al ver allí a sir Lionel. El anciano parecía haberse recuperado poco menos que milagrosamente, aunque todavía se advertían en su rostro las señales de los días pasados bajo el tratamiento de las drogas hipnóticas. Pero

había sido siempre, un hombre de robusta constitución, lo cual explicaba perfectamente su inesperada presencia en Norrelson Hall.

—Has llegado a tiempo, abuelo, —añadió Claudia—, Estos miserables tratan de huir con un botín valiosísimo y pegarán fuego a la casa, dejándonos aquí a Brian y a mí para que nos abrasemos vivos.

—Supuse que harían algo por el estilo —contestó sir Lionel—. Eso me decidió a venir...

—Y también otra cosa —dijo Milton.

—¿Otra cosa? —Se extrañó Claudia—. ¿Qué puede ser, Brian?

—Siento tener que darte un disgusto. Tu abuelo es el jefe de la banda. O lo era, mejor dicho.

La muchacha protestó con todas sus fuerzas.

—¡No, no puede ser! —gritó—. ¡No te creo, Brian! Todo eso es producto de tu imaginación. Estás buscando un culpable...

—Mírale —contestó Milton—, Mírale bien y verás como he dicho la verdad.

—Es cierto —admitió el anciano—. Yo era el jefe, hasta que alguien con muchos humos empezó a pensar que podía sustituirme con ventaja.

—No... no lo entiendo... ¿Por qué, abuelo? —Preguntó Claudia, con los ojos llenos de lágrimas—. Tenías tus defectos, pero siempre fuiste honrado... ¿Cómo pudiste mezclarte con estos asesinos?

Sir Lionel meneó la cabeza.

—Quizá pensé que mi existencia era aburrida —respondió—. Pero una cosa puedo asegurar: jamás me mezclé en asesinatos. Cuando organicé la banda, lo hice bajo la condición estricta de no usar jamás la violencia. Todos lo prometieron así, hasta que alguien se salió de las normas.

—Iban a descubrírnos —aulló Parr—, Genn nos seguía ya la pista de muy cerca. ¿Podíamos permitir que nos estropeará el negocio del siglo?

—Ya habíamos conseguido lo suficiente —dijo sir Lionel—. Por mucho que intentes justificarlo, no había motivo para la violencia. Además, Genn era un tipo bastante acomodaticio. Unos miles de libras le hubieran hecho cerrar los ojos, pero no, tú quisiste que muriese...

—¿Quién lo hizo, sir Lionel? —preguntó Milton.

—Ese tipo que está ahí, Howe, con otro que no sé dónde se encuentra ahora, Rod Fuller.

—Acabó en el fondo del mar, cuando quiso arrojar a su nieta por el acantilado, la noche en que lo liberó a usted.

—Bueno, no se ha perdido gran cosa —sonrió el anciano.

—Usted detesta la violencia —le apostrofó Linda, que se había recobrado ya de la sorpresa inicial—. Pero ha matado a Pennington.

—Hay algo que se llama legítima defensa, señora Cox. Defensa

propia y de los parientes y amigos.

Sir Lionel miró al joven.

—¿Cómo lo ha averiguado? —inquirió.

—Bueno, usted no estuvo meses enteros sometido a la acción de las drogas y la emisora de radio se instaló hace mucho tiempo. Eso no se pudo hacer sin su consentimiento —explicó Milton.

—Lo sabías y no me lo dijiste —le reprochó Claudia con amargura.

—Quería evitarte un mal rato. Lo lamento.

—Ya se lo ha llevado —rió Parr—. Pero ahora nuestro jefe parece que se ha pasado al bando de los «buenos».

—No iba a permitir que la asesinaran —gruñó el anciano—. Podía dejar que se fueran con el botín, pero no con dos asesinatos más sobre sus conciencias.

—No las tenemos —se burló Parr.

Milton carraspeó.

—Ejem... Ustedes perdonen. La discusión es muy interesante y la compañía posee toda suerte de amenidades, pero a los que estamos atados, nos gustaría sentirnos menos incómodos. ¿No es cierto, Claudia?

—Sí —contestó la muchacha.

Sir Lionel movió la pistola.

—Ya lo han oído. ¡Desátenlos!

Milton se dijo que debería preguntar a sir Lionel qué contenía el sobre que Nelly Sheck había guardado en el Banco. Esperaría a encontrarse libre, decidió al cabo.

Howe se acercó por detrás a la muchacha, con una navaja en la mano. Inesperadamente, la agarró por los cabellos, a la vez que apoyaba en su garganta el filo de la navaja.

—¡Tire la pistola o degüello a su nieta aquí mismo!—gritó.

Sir Lionel respingó. Howe sacudió despiadadamente la cabeza de Claudia.

—¡Obedezca! —rugió.

A pesar de todo, el anciano vacilaba. Parr se dio cuenta de que tenía los ojos fijos en su nieta y, disimuladamente, sacó un revólver.

El estampido sonó atronador. Sir Lionel gritó y soltó el arma. Luego empezó a caer, mientras Claudia chillaba frenéticamente.

Howe retiró la navaja y, furioso, la asestó una tremenda bofetada, que casi la hizo caer con silla y todo.

—No es para tanto, estúpida —exclamó—. Cierra la boca y no nos des más lata.

Milton contempló un instante el cuerpo de sir Lionel, que yacía boca abajo sobre el suelo. ¿Por qué no había ordenado que los soltasen inmediatamente?, se preguntó, sintiendo una tremenda frustración.

De pronto, invadido por la rabia, trató de romper sus ligaduras,

pero sus esfuerzos resultaron inútiles.

Detrás de él resonó una risa burlona:

—No se moleste, sargento; los nudos están hechos a conciencia —dijo Linda Cox.

—¿Por qué no nos matan a nosotros? —preguntó el joven exasperadamente.

Linda le miró fijamente.

—Sir Lionel y Pennington se dispararon recíprocamente —contestó—. Y ustedes perecieron en el incendio de la casa. Sir Lionel no pudo liberarles, eso es todo.

A su lado, Claudia, con la cabeza hundida en el pecho, sollozaba silenciosamente. Milton se percató de que el plan de los ladrones de joyas tenía, todas las probabilidades de éxito.

En el gran vestíbulo de la casa se oyeron las campanadas de los cuartos. Luego sonaron tres más, graves, penetrantes, y las notas musicales se expandieron lentamente por todo el edificio.

—Vamos —dijo Parr—. Sólo quedan ya cincuenta minutos.

* * *

Durante unos momentos, sólo se oyó en el exterior el ruido de los motores de los coches que eran situados en posición. Las maletas estaban ya cerradas.

Marryl y Howe entraron en la sala.

—El piloto no lo tendrá bien —dijo el primero.

—¿Por qué? —preguntó Parr.

—El viento viene del mar. Después de aterrizar, tendrá que carretear hacia el interior. He consultado el anemómetro y la velocidad del viento es superior a los veinte nudos.

—Se lo comunicaremos por radio cuando empiece el descenso. El nos llamará también —respondió Parr—, De todos modos, ten preparadas un par de bengalas luminosas.

—De acuerdo.

El tiempo transcurría velozmente. En el carillón del vestíbulo sonaron las campanadas de la media.

—Bueno, creo que es hora de prepararnos —dijo Linda.

—Sí, es hora —convino Parr.

Salió de la habitación y estuvo fuera cinco minutos. Al regresar, destapó la lata de gasolina y empezó a llenar los platos hasta el borde.

Linda encendió la vela más alejada. Sonriendo demoníacamente, Parr hizo lo mismo con la situada a cuatro pasos de la pareja.

—Tardará unos veinte minutos —dijo—. Aunque es probable que los vapores que desprende la gasolina produzcan antes la inflamación.

Se irguió y dedicó un burlón saludo a los prisioneros.

—Hasta nunca —se despidió.

Linda y él echaron a correr. Milton oyó claramente el ruido de la llave al cerrarse en la puerta.

Una vez más, forcejeó para soltarse los nudos, pero resultó inútil. Claudia, a su lado, parecía atontada por lo ocurrido.

—¡Claudia! —gritó estentóreamente.

Ella abrió los ojos con gesto ausente.

—Brian...

—Estamos en peligro de morir abrasados. Tenemos que hacer algo. ¿Puedes mover los dedos siquiera?

—No sé...

—¡Despierta, despierta! —Rugió Milton—, Ya no podemos hacer nada por los muertos. Tenemos que pensar en nosotros. ¡Vuelve en ti, Claudia!

Las voces del joven parecieron iniciar en Claudia una ligera reacción. Al cabo de unos segundos, hizo un gesto afirmativo.

. —Sí, puedo mover los dedos —dijo.

Milton empezó a mover la silla hacia su izquierda, con la ayuda de los pies, sujetos a las patas de delante.

—Tendré que hacerlo con mucho cuidado —murmuró, con la vista fija en el plato lleno de gasolina, en cuyo centro ardía la vela.

Si se caía, podía derribar la vela, en cuyo caso el combustible se inflamaría de inmediato. Incluso aunque no la derribase, provocaría ineludiblemente un soplo de viento que causaría sin duda los mismos efectos.

De pronto', se le ocurrió una idea.

—No te muevas, Claudia.

Hizo fuerza con las puntas de los pies y consiguió volcar la silla hacia atrás. Luego efectuó una torsión lateral, utilizando también los hombros y acabó por quedar boca abajo, aunque con las piernas encogidas y con la silla encima, como un extraño caparazón.

Así empezó a arrastrarse lentamente hasta el plato rebosante de gasolina. Moviendo las rodillas centímetro a centímetro y después de un lapso de tiempo que le pareció interminablemente largo, alcanzó la vela. Tomó aire, sopló y la llama se apagó.

—Fin de la primera parte —exclamó alegremente.

Claudia le contemplaba con ojos desorbitados. Ahora, pensó él, sólo necesitaba desatarse las manos. El otro plato quedaba en el extremo opuesto. Eran bastantes metros y dudaba mucho de alcanzarlo antes de que la vela se hubiese consumido por completo.

Inesperadamente, sir Lionel dijo:

—Acércate muchacho, tengo una navajita en el bolsillo.

CAPITULO XII

Claudia lanzó un chillido. Milton escorzó la cabeza.

Sentíase lleno de asombro. A tres pasos, el anciano, tendido de costado y apoyado en un codo, con el pecho cubierto de sangre, le enseñaba un pequeño cortaplumas.

—Ahora voy, sir Lionel —jadeó.

De nuevo empezó a mover las rodillas.

—Parece que no apuntaron bien —comentó.

—Al menos... no resultó fulminante...

Milton se tumbó de lado. La hoja afilada empezó a morder las cuerdas.

—Hay... un rifle en la estantería inferior movable... Está sujeto con unas grapas y no se ve ni siquiera de aquí... Sal y evita que el avión despegue... —dijo sir Lionel con un soplo de voz.

Claudia contemplaba la escena con la respiración en suspenso. De pronto vio que Milton sacaba las manos ya libres y agarraba la navaja. Instantes después, se ponía en pie y echaba a correr para apagar la otra vela.

—Hay más en la casa —dijo, mientras se lanzaba hacia la puerta.

—Abuelo... —gimió Claudia.

En aquel instante, sir Lionel caía nuevamente de espaldas. Claudia desvió la mirada. A través de los párpados cerrados, sintió que las lágrimas brotaban y se deslizaban por sus mejillas.

Milton vino apenas un par de minutos más tarde y empezó a desatarla.

—Brian, ha muerto... —sollozó la muchacha.

—Al menos, ha vivido para reparar sus errores —contestó él.

Inesperadamente, vibraron los cristales.

—Ya llega el avión —exclamó.

—¿Vas a impedir que despegue?

—Es mi obligación.

Claudia quedó libre y se puso en pie. Milton corrió hacia la estantería señalada por sir Lionel, se arrodilló, tanteó con las manos y extrajo el rifle, en el que había un cargador con cinco cartuchos.

Además, tenía la pistola del anciano, se dijo.

El ruido de los motores del avión se acentuó. Milton se volvió hacia la muchacha.

—Quédate aquí... ¡No! —exclamó de pronto—. Puedes ayudarme, Claudia; se me ha ocurrido una idea mejor que la de empezar a tiros con el avión, aunque no descarto que tenga que hacerlo.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó ella.

—Guíame a la puerta trasera, por favor.

Claudia echó a correr. Atravesaron la cocina y salieron fuera. En aquel instante, se veían las luces del avión que ya tomaba tierra.

La oscuridad, sin embargo, era muy densa aún y no podía ver a los fugitivos. Decidió aguardar.

El bimotor corrió por la llanura, reduciendo la velocidad. Luego se detuvo, justo entre los haces de luz de los dos coches que marcaban el final de la pista.

Cuatro siluetas corrieron hacia el avión. En el suelo, dos chorros de luz rojiza ardían chisporroteantes, inclinados hacia el interior, señalando la dirección del viento.

Los fugitivos entraron en el avión, que no había apagado los motores. La portezuela se cerró y el piloto dio gas, a la vez que metía a fondo el timón de dirección.

El bimotor inició el viraje. Luego empezó a rodar lentamente hacia la cabecera de la pista.

—Claudia, ve al coche de la izquierda —dijo él—. Yo me situaré en el que está enfrente. Cuando arranque, hazlo tú también y guíalo paralelo al mío. Luego los situaremos, trescientos metros más adelante, con los morros casi juntos. ¿Has comprendido mi idea?

—Sí, desde luego.

Milton palmeó los hombros de la muchacha.

—Anda —ordenó.

Claudia echó a correr. Milton se acercó al coche más próximo, dejó el fusil en el asiento contiguo y accionó la llave de contacto. Arrancó, cuando todavía el avión no había alcanzado la cabecera de la pista. Viró en ángulo recto y rodó un trecho que le pareció suficiente. Entonces, golpeó el volante de nuevo a la izquierda.

Ella siguió puntualmente la maniobra. El bimotor había revirado ya y empezaba a correr. Milton saltó del coche y agitó la mano.

—Ven, Claudia.

La muchacha se le unió en contados segundos. Milton la agarró por un brazo, separándola de los dos vehículos, cuyos morros estaban apenas a un metro de distancia.

El bimotor corría ya a gran velocidad. De pronto, el piloto lanzó una maldición al ver los dos coches que le cerraban el paso.

—¿Quién es el hijo de perra que ha hecho una cosa semejante?— aulló.

Parr estaba a su lado y soltó una espantosa blasfemia.

—Han debido cortar sus ligaduras —aulló.

—¡Estúpido! —Gritó Linda—. Debiste haberlos matado...

Parr no la hizo el menor caso.

—¡Salta por encima! —indicó al piloto.

—No sé... La velocidad es aún insuficiente...

—Luego podrás tomar impulso. ¡Pero salta, salta!

Milton tenía la culata del rifle apoyada en el hombro y disparó rápidamente los cinco cartuchos. En el mismo instante, el piloto tiraba hacia sí de la palanca de mando.

El morro del avión se empinó, mientras los motores bramaban ensordecedoramente. De súbito, Claudia vio aparecer una llamita en el motor de babor.

—¡Le has alcanzado! —gritó.

El avión salvó el obstáculo que representaban los dos coches. Pero no tenía aún suficiente velocidad de sustentación y descendió de nuevo.

Las ruedas volvieron a tocar el suelo. El tren de aterrizaje crujió ominosamente.

El aeroplano dio unos tremendos bandazos, pero el piloto consiguió dominarlo. Ya no podía detenerse; el borde del acantilado estaba demasiado cerca.

—¡Hay fuego en el motor de la izquierda! —Gritó Parr—. ¡Apágalo, apágalo!

—Si lo apago, no podremos despegar y caeremos al mar. Ya lo haré cuando estemos en el aire.

El piloto dio gas a fondo y el bimotor se lanzó como una flecha hacia el final de la llanura, que concluía abruptamente en el recortado rocoso. Cuando las ruedas abandonaron el suelo, la llama que brillaba con anaranjado fulgor en el motor izquierdo se hizo súbitamente más grande.

Milton y Claudia contemplaron fascinados la escena. El motor de babor era ya una antorcha que apuñalaba la noche, mientras ascendía lentamente hacia las alturas. De pronto, vieron que el avión se ladeaba hacia la izquierda.

—¿Qué hacen? —exclamó la muchacha.

Milton lo adivinó en el acto.

—El piloto se ha dado cuenta de que no puede dominar el fuego y trata de volver, para tomar tierra nuevamente.

A unos dos mil metros de la costa, el avión completó su viraje. Era una acción desesperada, pero la única que se podía realizar en tales circunstancias.

Si los delincuentes desembarcaban ilesos, se produciría un tiroteo de imprevisibles consecuencias. Por lo menos, los hombres estaban armados.

—Tomaremos un coche y nos largaremos —dijo—. No podrán irse muy lejos ya.

Súbitamente, un enorme fogonazo pareció disipar todas las tinieblas nocturnas. A menos de doscientos metros de la costa, el avión se convirtió en una colosal bola de fuego, de la que brotaban rayos multicolores, junto con fragmentos de la estructura.

La explosión resonó sordamente, sin demasiado volumen sonoro. Chorros de combustible ardiendo empezaron a caer de las alturas. Algo descendió hacia la tierra, moviéndose también hacia delante. La mitad delantera del fuselaje chocó contra el suelo y se desintegró en un atronador estallido, mientras las alas, los motores y la cola caían a las profundidades.

Luego volvió el silencio, únicamente interrumpido por los tenues silbidos del viento.

—No se ha salvado nadie —dijo Milton, pasados unos segundos.

Claudia se estremecía convulsivamente. Milton asió su mano para tranquilizarla.

—Creo que aquí concluyen nuestros problemas —añadió.

* * *

La grisácea claridad del amanecer fue sustituida por la luz del nuevo día. En pie, a poca distancia de los restos del fuselaje, caídos a poca distancia del borde del acantilado, Claudia esperaba tensamente.

Milton apareció al fin, surgiendo de aquel montón de ruinas de metal, llevando en las manos dos pesadas maletas. Claudia se quedó pasmada.

—No se han roto —exclamó.

—Son de construcción reforzada, para no correr riesgos —contestó Milton—. Soportaron bien el choque ya que, además, estaban entre dos de los asientos delanteros.

—¿Y ellos?

—Será mejor que no te asomes. Volvamos a ¡a casa; tenemos quehacer y no creo que ya tarde mucho en llegar alguien. En Norrelson Hall no hay teléfono, pero sí una estupenda emisora de radio.

—Si la usas, te pueden escuchar los del continente.

—Acordé una frecuencia especial con el inspector Dobbles. Alguien estará a la escucha.

—Comprendo.

Una vez en la casa, Milton dejó a Claudia en la cocina y fue al cuarto donde estaba el transmisor. Cuando regresó, ella tenía preparada una cafetera llena.

—Salen inmediatamente hacia aquí —dijo el joven.

Hubo un momento de silencio. Al cabo de un rato, ella exclamó:

—Brian, ¿por qué? No le hacía falta el dinero, que yo sepa...

—De todos modos, hice ciertas pesquisas antes de llegar aquí. Según se mire, no le hacía falta el dinero, aunque sí para sostener su elevado tren de vida. Además, él lo dijo bien claro: estaba aburrido. Buscó emociones y lo consiguió, eso es todo. Las cosas, sin embargo, empezaron a torcerse cuando Genn empezó a investigar, Tu abuelo no

quería la violencia, pero no ¡legó a conocer bien a sus secuaces:

—Y ellos se le impusieron...

—Sí. Se dieron cuenta de que no podrían dominarle por la fuerza y por ello decidieron arrancarle la propiedad de Norrelson Hall, mediante la comedia que tú sabes. Por lo visto, él nunca les habló de ti y de ahí su equivocación al buscarte.

—Supongo que aquellos documentos serán inútiles...

—No tienen ningún valor y menos una vez muertos ellos.

—¿Y qué hay del contenido de la caja fuerte del banco?

—Intentaremos averiguarlo, esto es todo lo que puedo decirte por ahora —contestó el joven.

* * *

La amazona galopaba magníficamente por los campos. Encontró un seto en su veloz carrera y el caballo lo saltó sin la menor dificultad. La cabalgada era seguida por una cámara montada sobre la plataforma de un camión ligero. Pasados unos minutos, el director gritó: ¡Corten! con un megáfono lo suficientemente alto para que ella pudiera escucharlo y refrenar la marcha de su montura.

—Perfecto, señorita Spencer —elogió el director—. Nos veremos luego en los estudios.

—Bien, señor McBride.

Un coche todo terreno recogió a la joven, mientras el persona! de los estudios se ocupaba del caballo. Quince minutos más tarde, Claudia desembarcó del coche, disponiéndose a buscar su camerino, para cambiarse de ropa.

—Espere un momento, señorita Spencer —dijo el director de cine.

Brian Milton estaba a poca distancia, contemplando a la pareja, mientras fumaba plácidamente un cigarrillo. Claudia y el director hablaban animadamente. De súbito, los ojos de la joven brillaron coléricos. Alzó la mano y asestó una espantosa bofetada al director, tirándolo por tierra.

Claudia echó a andar con paso rápido hacia su camerino. El director se incorporó y lanzó un feroz aullido:

—¡Está despedida! ¡Váyase y rio vuelva más por aquí!

Claudia hizo un despectivo encogimiento de hombros. Milton se preguntó qué habría podido causar, el súbito enojo de la muchacha, violentamente demostrado con una descomunal bofetada, que había sido contemplada por decenas de personas.

Dejó caer el cigarrillo, lo aplastó con el pie y se encaminó hacia el camerino. Al asomar la cabeza, vio a Claudia al otro lado del biombo, despojándose de las ropas de amazona que había vestido para la simulada cacería del zorro que había filmado la cámara. Tenía el rostro encarnado y había lágrimas en sus ojos.

—Ha sido una buena bofetada —comentó.

Claudia volvió la cabeza.

—¡Brian! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte —respondió él—. Voy a tener libre el próximo fin de semana y pensé que quizá tú querías pasarlo conmigo. Tengo algunas cosas que contarte, ¿sabes?

—¿Sí? Serán interesantes, supongo.

—Por supuesto. Tu abuelo hizo, un nuevo testamento antes de ir por última vez a Norrelson Hall...

—Sí, lo sé. No es que dejase una gran fortuna, pero algo me quedó —sonrió ella—. Además de la casa del páramo, que he puesto en venta. Quizá algún chiflado la compre algún día...

—Encontramos una copia de los documentos. Tu abuelo era hombre precavido. Genn se los quitó y los guardó en la caja de alquiler, cuya llave tenía Nelly. Genn quería jugar 'a dos bandas, para obtener el mayor provecho. Lo que sucede es que no se dio cuenta de que una de las partes no aceptaría jamás el menor trato, como así sucedió.

—¿Qué había en los documentos?

—Una lista completa de la banda, con nombres, direcciones., hechos, fechas, datos sobre las joyas y sus transformaciones... El dueño de «The Golden Seal» ha sido arrestado y también un par de joyeros más. Todo se ha llevado con la máxima discreción, de tal modo que la Policía holandesa ha echado el guante a un montón de tipos complicados en el asunto. Ah, incidentalmente, Scotland Yard te da las gracias por tu cooperación.

—No se merecen —sonrió ella tristemente.

—Por cierto, ¿qué te ha pasado con este tipo? —preguntó él.

—Oh, quería darme el segundo papel de la próxima película, casi tan importante como el de la protagonista. Ya no habría tenido que doblar a la primera figura...

—¡Caramba! —se asombró él—. Vaya manera de agradecerle el ofrecimiento, a bofetada limpia...

—Es que me había impuesto una condición, Brian.

—¿Si

Claudia enrojeció.

—Su fulana le dejó plantado hace poco. Me ofreció también el puesto. Me hubiera gustado el papel, pero no a ese precio.

—Eres una chica estupenda —sonrió Milton—, Lo que yo tengo que ofrecerte es mucho más modesto y te apartaría del cine que, dicho sea de paso, no ha sido para ti nunca más que un «modus vivendi» y no ¡a realización de tu auténtica vocación. ¿Me equivoco?

—Es la verdad. ¿Qué es lo que tienes que ofrecerme, Brian?

—Matrimonio.

Hubo un instante de silencio. El labio inferior de la joven tembló

ligeramente.

—¿Es cierto...? —dijo al cabo.

—Para toda la vida —confirmó él solemne.

De pronto Claudia abandonó el biombo, sin darse cuenta de que estaba vestida solamente con un mínimo de prendas de encajes y se le arrojó encima, besándole con gran vehemencia.

—Oh. Brian... Creí que nunca me dirías una cosa semejante...

—Entonces, ¿la esperabas? —preguntó él, asombrado.

—Lo deseaba más que nada en el mundo —respondió Claudia, apasionadamente.

Brian volvió a sonreír. Besó de nuevo a la joven y luego se separó un par de pasos

—¿Por qué no terminas de vestirme y nos vamos por ahí para ultimar los detalles del asunto? —sugirió.

Claudia corrió de nuevo al otro lado del biombo.

—Brian, ¿tardaremos mucho en casarnos?

—Si lo deseas, hoy mismo. Así podríamos pasar el fin de semana juntos, sin problemas legales —respondió él—. Claro que la boda se celebraría sin ceremonias, sin traje de novia, sin damas de honor...

—¡Al diablo con las ceremonias! —rió ella, dichosa—. ¿Quién quiere una boda de campanillas? Lo que una mujer quiere en ¡a ceremonia de su boda es que el novio esté presente. Lo demás, salvo el celebrante, estorba. ¿No te parece?

—Estoy plenamente de acuerdo contigo, querida —respondió Milton, satisfecho.

FIN